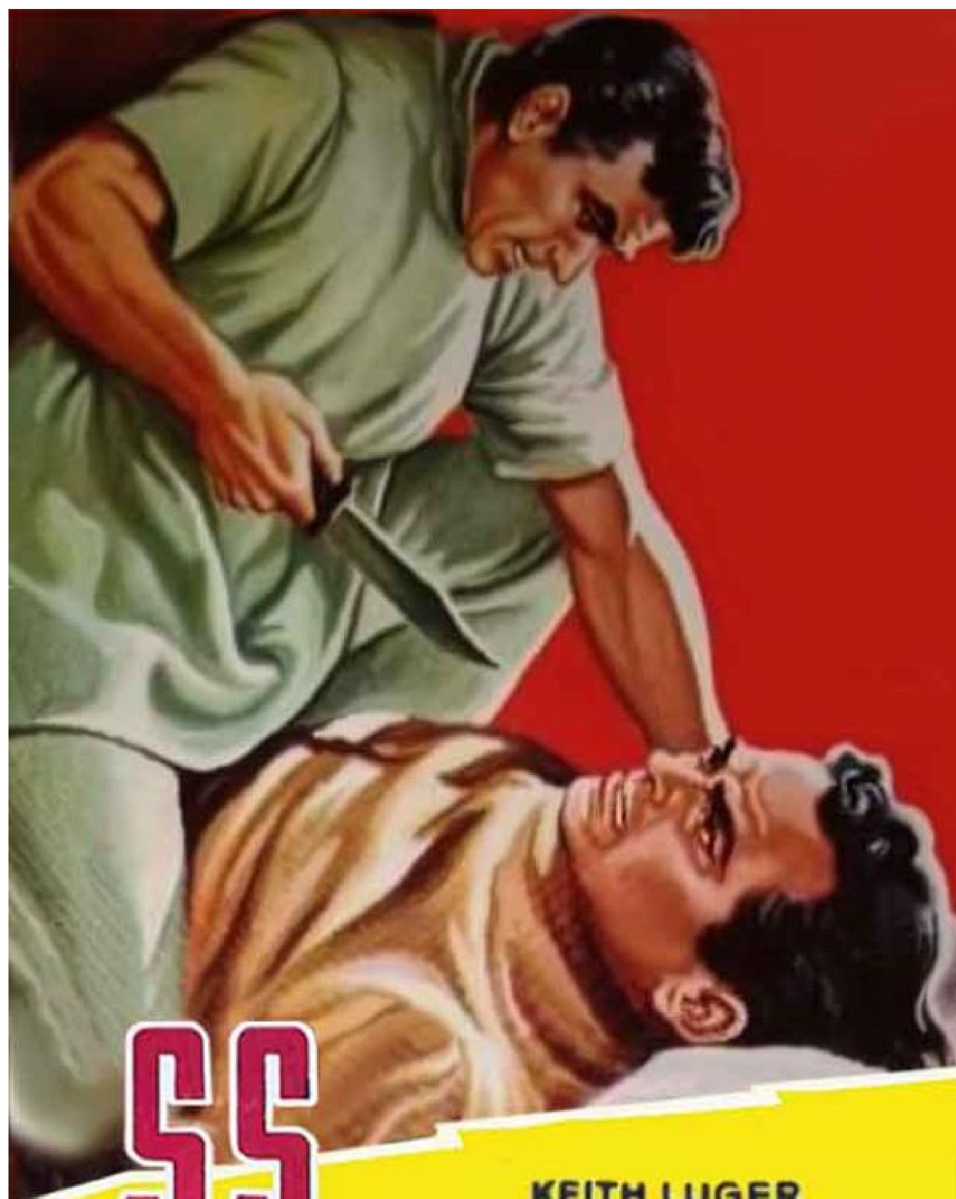


SS

SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

LA SALIDA DEL INFIERNO

Aquél era mi funeral. Me habían llevado flores, muchas flores, y se oía una preciosa música de órgano. Era un éxito de público. Habían acudido mis amigos y también había mujeres, muchas mujeres. Las había rubias, morenas y pelirrojas y alguna con el pelo castaño. Todos se cubrían con el ropaje adecuado al acto, trajes negros, corbatas como la tinta del calamar y hasta no faltaba algún que otro brazalete.

Yo estaba sumergido en la oscuridad que me brindaba una columna y los podía observar a mi gusto. Me había provisto de unas gafas negras, afeitado el bigote y peinado el cabello de forma distinta a la acostumbrada. Y estaba preparado para cualquier contingencia. La sala era como la de todas las empresas de pompas fúnebres que se dedican a estos menesteres. Se había hecho la oscuridad necesaria, aunque sólo eran las once de la mañana. En los cristales de las ventanas predominaban los colores oscuros que impedía la entrada del sol. Quizá era lo único bonito que se podía ver allí, los ventanales, porqué entre los sesenta asistentes a mi funeral había muchos hijos de perra, y era a éstos a quienes iba a ajustar yo las cuentas, aunque fuese lo último que hiciera en mi vida. Porque yo no estaba muerto, aunque aquellos bastardos creyesen que mi cuerpo estaba listo para criar gusanos en aquel ataúd de trescientos dólares.



Keith Luger

La salida del infierno

Bolsilibros - Servicio Secreto - 447

ePub r1.0
LDS 12.03.19

Título original: *La salida del infierno*
Keith Luger, 1959
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

LA SALIDA DEL INFIERNO

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1959

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453
BARCELONA (6)



CAPÍTULO PRIMERO

Aquél era mi funeral. Me habían llevado flores, muchas flores, y se oía una preciosa música de órgano. Era un éxito de público. Habían acudido mis amigos y también había mujeres, muchas mujeres. Las había rubias, morenas y pelirrojas y alguna con el pelo castaño. Todos se cubrían con el ropaje adecuado al acto, trajes negros, corbatas como la tinta del calamar y hasta no faltaba algún que otro brazalete.

Yo estaba sumergido en la oscuridad que me brindaba una columna y los podía observar a mi gusto. Me había provisto de unas gafas negras, afeitado el bigote y peinado el cabello de forma distinta a la acostumbrada. Y estaba preparado para cualquier contingencia. La sala era como la de todas las empresas de pompas fúnebres que se dedican a estos menesteres. Se había hecho la oscuridad necesaria, aunque sólo eran las once de la mañana. En los cristales de las ventanas predominaban los colores oscuros que impedía la entrada del sol. Quizá era lo único bonito que se podía ver allí, los ventanales, porqué entre los sesenta asistentes a mi funeral había muchos hijos de perra, y era a éstos a quienes iba a ajustar yo las cuentas, aunque fuese lo último que hiciera en mi vida. Porque yo no estaba muerto, aunque aquellos bastardos creyesen que mi cuerpo estaba listo para criar gusanos en aquel ataúd de trescientos dólares.

Un tipo empezó a sonarse la nariz fuertemente cerca de mí y le miré a la cara.

Era Burt Kane, gordo como un cerdo, poseedor de tres papadas. Le sobraban cincuenta kilos de grasa. El estaba seguro de que había venido al mundo para dos cosas: para ganar dinero, fuera como fuese, sin importarle el procedimiento, y para comer.

Dobló el pañuelo y lo guardó en el bolsillo. Antes de juntar las manos se tocó con el brazo la axila. Era un acto reflejo en él. Se quería asegurar que tenía la sobaquera con su pistola calibre treinta y ocho. Burt Kane era el jefe de una pandilla de *gangsters* de cuyas garras logré escapar en otro tiempo. No tuvo más remedio que dejarme en paz. Yo sabía que me la había jurado, y aunque jamás me pudo hacer daño, ahora estaba allí solazándose. Cuando el acto hubiese terminado, Burt se iría a su restaurante y se hartaría de comer hasta que no pudiese más y brindaría por mí sonriente deseando con todas sus fuerzas que yo estuviese en el infierno. Pero Burt Kane no era el tipo a quien yo especialmente quería rajar la barriga. Había otros en la lista antes que él. Estaba Clark Huxley, mi socio, un tipo guapo a quien yo no había sabido dar toda la importancia que tenía. Debí suponer desde mucho tiempo atrás que me quería liquidar, pero yo le había tomado afecto, después de sacarlo del arroyo. Siempre pensé que me tendría la misma consideración que a un padre, y no porque entre nosotros hubiese mucha diferencia de edad. Tengo treinta y cinco años y Clark Huxley había cumplido recientemente los veintisiete. Huxley era como la víbora a quien yo había encontrado aterida de frío. No supe verlo a tiempo y ahora él me había clavado los dientes vertiendo en mi sangre su negra ponzoña.

Miré a Clark. Estaba muy serio y también portaba gafas negras. Quería dar la impresión de que mi muerte le condolía mucho, que mi desaparición de entre los vivos era una pérdida irreparable para él. Y a su derecha estaba Lynn, la hermosa Lynn, mi muñeca rubia, con la que me hubiera casado un par de semanas más tarde. Ahora ella se cubrís, con un vestido negro, igual que una pobre viudita desconsolada, y la muy perversa estaba rozando con su mano la de Clark Huxley y podía ver cómo se miraban por el rabillo del ojo, preguntándose quizá hasta cuándo duraría aquello. Sí; los dos se habían confabulado contra mí y los dos creían que me habían quitado de en medio, pero yo estaba allí vivo, observándolos, grabando a fuego en mi mente sus menores gestos.

En mi pecho rugía la ira, y me prometí una y mil veces que no vacilaría cuando llegase el momento de la venganza.

No quise quedarme más, me estaba ahogando.

Salí fuera, a la luz del sol, y me metí en el taxi que me

aguardaba dos manzanas más arriba.

Permanecí un rato en el asiento, pensativo, y de pronto me di cuenta de que el conductor me miraba, vuelta la cara, enarcadas las cejas, preguntándome quedamente qué es lo que hacíamos allí.

—Marchémonos —le dije.

—¿Adónde quiere ir?

—A donde guste —le contesté—. Dé vueltas por ahí. Ya le avisaré cuando haya de detenerse.

Y así fue como me largué de mi réquiem.

Saqué un cigarrillo y lo encendí. Me supo a hierbas quemadas.

Bien, yo iba a vengarme de aquella pandilla de malditos, pero tenía que hacerlo de algún modo. Necesitaba una pistola. Era mi primer paso, hacerme con un arma. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Pero de pronto surgió un nuevo pensamiento. ¿A quién mataría primero?

¿A mi bella Lynn?, ¿o debía ser Clark el elegido? El que uno precediera a otro era muy importante. Quizá podría cargarme a uno de ellos, pero ¿y si después las cosas se complicaban y el segundo lograba escaparse?

Había otros a quienes también deseaba arrojar al estercolero porque no eran más que basura. Frank Swanson, Luchino Todd, Phil Bogart. Quizá hubiese más, pero eso no tenía importancia. Los quería ver a todos muertos porque no eran más que un hato de traidores. Ellos habían trazado mi muerte fría y despiadadamente, y ahora iba a demostrarles quién era Red Norton.

Me di cuenta de que había partido el cigarrillo por la mitad. Estaba excitado, y un sexto sentido me advirtió que yo no podía comenzar mi venganza en aquel estado de nervios. Tenía que serenarme. Debía comportarme tan fríamente como ellos. Eso es lo que necesitaba, controlarme, centrar mi mente. Si no era así, yo daría un paso en falso y les brindaría la oportunidad de matarme, esta vez definitivamente.

Me eché sobre el respaldo del asiento y cerré los ojos. Escuché una voz interior.

«Vamos, Red. Les diste cien y raya a ellos siempre. No puedes consentir que ahora te mojen la oreja. Cuando quisiste ser duro, lo fuiste más que nadie. Saliste de la nada, Red, y te hiciste a ti mismo. No debes nada a nadie. Llegaste a la cumbre por tus propios

medios. Creías que había pasado el tiempo de la lucha, pero te has equivocado. Vas a empezar otra vez, Red. Métete eso en la cabeza, muchacho. Vas a empezar. Eres como un boxeador que, recién subido al *ring*, estudia a su contrincante antes de descargar el mazazo».

De pronto mis pensamientos fueron interrumpidos por un fuerte carraspeo del conductor.

Alcé los párpados y le miré.

—Perdone, amigo —me dijo—, pero ésta es la hora en que me voy a comer. Aún tengo tiempo de llevarle a donde quiera, si no es muy lejos.

—Está bien. Pare aquí.

Se encogió de hombros y arrimó el coche al bordillo de la acera. Le pagué la carrera y eché a andar.

Era una calle del Bronx. Los chiquillos jugaban, y sus gritos me parecieron la cosa más agradable que había oído en mucho tiempo. Entonces me di cuenta de que estábamos en primavera y de que el aire era fresco, vivificante.

Inspiré profundamente, llenando da oxígeno mis pulmones, y me encontré un poco mejor.

Me detuve ante una farola contemplando una niña de unos nueve años que bailaba un *rock and roll* al ritmo que le marcaba un muchacho de su misma edad con una armónica. Sonreí y ésa fue la primera vez que lo hice en veinticuatro horas, desde que yo, a juicio de muchos, había muerto. La niña tenía un cabello negro intenso y de pronto eso me hizo recordar a alguien, Mary Lloyd.

Infiernos, ella vivía por allí, estaba seguro. Yo mismo la había acompañado a su casa una mañana como cosa de seis meses antes.

Y de pronto me encontré andando de prisa, alejándome de la música que interpretaba el chico de la armónica.

Doblé por una calle, luego por otra, y al fin me detuve.

Todas las casas eran iguales, pero las persianas del piso en que vivía Mary Lloyd seguían siendo inconfundibles. Eran de un azul intenso y yo, que la primera vez que las vi me reí del mal gusto de la persona que las hubiese colocado en aquella ventana, ahora la bendije.

Subí los peldaños de la escalera. Me agaché sobre el tarjetero de la derecha, buscando el nombre de Mary Lloyd y sentí que el

corazón me golpeaba dentro del pecho ante la posibilidad de que ella no viviese ya allí, Pero allí estaba, Mary Lloyd, segundo piso.

La puerta estaba abierta y pasé dentro. No había ascensor. Subí a la segunda planta y me detuve ante la puerta número ocho.

De pronto me dije que estaba cometiendo una tontería. ¿Qué clase de estúpido era yo? ¿Qué ganaba yo con hablar con Mary Lloyd? Ella no iba a resolver nada. Por el contrario, yo le podía buscar muchas complicaciones.

Oí otra vez mi voz interior:

«Estás tan nervioso como antes, Red. Anda, lárgate. Mary Lloyd es una buena chica y tú, al parecer, no le concediste mucha importancia cuando se cruzó en tu vida. Hasta es posible que le hiciste daño. Ha transcurrido mucho tiempo desde que la viste. Ya puedes apostar a que te ha olvidado».

Me dispuse a dar media vuelta para desandar el camino, y en ese momento se abrió la puerta que tenía delante.

Una pelirroja con muchas curvas y que, evidentemente, abandonaba el apartamento, me dedicó una sonrisa y un saludo.

—Hola, ¿qué desea?

Me humedecí los labios con la lengua y contesté sin pensar.

—Soy amigo de Mary Lloyd…

—¿Sí? —Me midió de pies a cabeza descaradamente—. Es una pena que no viniese hasta ahora.

La chica no era de las que se callaban las cosas. Antes de que yo le pudiera replicar, empujó la puerta dejándome el paso libre. Luego sólo hizo que volver la cabeza hacia dentro y gritó:

—¡Eh, Mary! Tienes visita.

Me miró otra vez y se alejó por el corredor con un suave contoneo, pero antes de llegar a la escalera, giró la cabeza y dijo:

—Empiezo mi turno de trabajo a las doce, Bar Líbano. Ya sabe, por si alguna vez le coge de paso.

Desapareció de mi vista siempre sonriendo.

Oí un rápido taconeo y Mary Lloyd apareció en el hueco. Me miró con las cejas enarcadas y me di cuenta de que no me reconocía. Me arrepentí más que nunca por haber ido allí. Ella también había cambiado y me asombró un poco el que hubiera ganado en redondeces. Pensé que acababa de llegar de la calle porque se cubría con un vestido estampado que se ceñía a su cuerpo

como una vaina Seguía siendo esbelta, de rostro perfectamente ovalado, y sus ojos eran azulados, grandes. Poseía una nariz fina, sensitiva y una boca de labios muy rojos. Ahora, al pronto, me dije que no le había concedido la importancia que ella se merecía pero, seis meses atrás, Mary debía pesar diez o doce kilos menos. Entonces recordé que ella sólo tenía veinte años y que en el tiempo transcurrido desde que la vi por última vez, había madurado como un fruto en sazón.

—¿Qué desea? —me preguntó, y vi en sus ojos un fugaz relampagueo de ira como protestando por el examen a que era sometida.

—Hola, Mary —dije, y no agregué nada más.

La joven, apenas oyó mi voz, abrió más los ojos, y sentí que su pecho se agitaba, y de pronto escapó una exclamación de su garganta y empezó a mover la cabeza en sentido negativo.

—No, no puede ser.

—Sí, Mary. Soy yo, Red Norton. Retrocedió un paso, asustada.

Maldita sea, ella también me había creído muerto. Debí haberla llamado por teléfono para prepararla al menos.

—Usted… se mató ayer… lo leí en los periódicos, no puede ser —se llevó la mano a la cabeza como si dudase de su juicio.

—No, Mary. No fui yo el que murió. Existe una confusión.

Me llevé las manos a las gafas para quitármelas y ella esperó aquel momento con los labios entreabiertos, los ojos muy fijos en mi rostro. Cuando se lo mostré, vi que estaba convencida.

—Señor Norton —murmuró. Asentí con la cabeza.

—¿Puedo pasar?

Seguía asustada y tragó saliva.

—Desde luego, señor Norton.

Pasé dentro y me senté en un sillón del *living*.

Mary estaba en pie, frente a mí, envarada, sin saber dónde poner las manos. Intenté sonreír lográndolo a duras penas.

—¿Tienes por ahí un trago?

—Sí, señor Norton.

Se metió en la cocina y oí un tintineo de cristal.

A poco regresó con una bandeja en la que había dos vasos de *whisky*. Ella lo necesitaba tanto o más que yo.

Bebimos en silencio. La miré y ella se turbó otra vez.

—Lo siento —dije.

Mary retrocedió y apoyóse en el brazo del sillón de enfrente.

—¿Ha avisado ya a la policía? —preguntó.

—No. Tú eres la única persona que sabe que yo estoy vivo.

—¡Oh! —exclamó.

Bebí de un trago el contenido del vaso y me puse en pie.

—Ahora pienso que no debí venir —murmuré.

Dejé el vaso en la bandeja y eché a andar hacia la puerta.

—Espere —murmuró. Volví la cabeza.

—Sólo te puedo traer contratiempos, muchacha.

—Pero habrá venido por alguna razón.

Sonreí débilmente. Pensé un poco la respuesta y la solté:

—Quizá haya sido porque en ciertos momentos uno necesita una persona de entera confianza a su lado.

La estaba mirando a los ojos, y ella bajó los suyos. Sacudí la cabeza y agregué:

—No te preocupes, Mary. Lo podré arreglar. Iba a seguir andando, pero la oí exclamar:

—Oiga, ¿entonces el muerto…?

—No lo conozco.

—¿Qué dice…?

—Es un completo desconocido para mí, aunque supongo que intentaba robarme el coche cuando se mató —hice una pausa—. Olvídalo, Mary. Celebro haberte visto.

Salí del *living*, y estaba ya en el vestíbulo cuando oí que corría a mi espalda.

CAPÍTULO II

Me alcanzó cuando tenía la mano en el pomo de la puerta.

—¿Adónde va a ir? ¿Qué es lo que se propone? —preguntó sucesivamente con la respiración un poco agitada.

Carraspeé suavemente.

—Bueno, la verdad es que no sé adónde dirigir mis pasos, pero ya encontraré una solución.

—Pero no le comprendo… ¿Por qué no ha de contar la verdad a todo el mundo…? ¿Qué es lo que tiene que esconder, señor Norton?

Observé su rostro. Nunca me había parecido tan bonita.

—No puedo hacerlo —respondí.

—¿Por qué?

Me froté el cuello por detrás y cerré y abrí los ojos.

—Quiero hacerles pagar su crimen.

—No se da cuenta de lo que dice. ¿De qué crimen habla?

—Intentaron matarme y me libré casualmente porque ese tipo ocupó mi lugar. Vi cómo se fruncía su ceño.

—Usted no se encuentra bien, señor Norton.

—Ahora estoy perfectamente. Sobre todo, después de haber bebido tu *whisky*.

—No es posible que hayan intentado asesinarle.

—No hay duda acerca de ello.

—¿Cómo lo sabe?

—Clark Huxley y Lynn Kennedy. Les conoces, ¿verdad?

—Sí.

—Se confabularon para quitarme de en medio.

—Oh, no… ¿Qué razones iban a tener para hacer eso? Usted se iba a casar con Lynn, señor Norton, y Clark es su socio.

Me di cuenta de que ella estaba muy informada de mis cosas. Lo

de Clark era fácil que ella lo supiese porque ya era socio mío cuando Mary trabajaba en el club como vocalista, pero Lynn y yo solamente nos habíamos prometido un mes antes. Lo pasé por alto y dije:

—Clark era mi socio, pero sólo el segundo de a bordo. Yo siempre he sido el que ha tomado las decisiones en nuestro negocio. Le gastaron bromas muchas veces acerca de que solamente era un elemento decorativo del tinglado. Quizá él se sintió ambicioso y quiso ser el mandón. Pero hay otro motivo. Lynn precisamente. No le di importancia antes, pero ahora, desde mí muerte —sonreí amargamente—, veo las cosas más claras. He recordado la forma en que Clark y Lynn se miraban y cómo bailaban juntos. Y también he pensado en que Lynn estuvo casada otra vez y en que su marido se arrojó por una ventana de un octavo piso en Chicago. Suma todo eso, Mary.

—No significa nada. Usted está impresionado por el accidente que ha costado la vida a otro hombre.

—No, Mary —cabeceé en sentido negativo—. Ha sido un intento de asesinato, el segundo.

—¿El segundo?

—Sí. El primero ocurrid durante un final de semana en mi cabaña del lago Oswego. Clark y yo fuimos a cazar. Nos separamos y de pronto sonó un estampido y una bala estuvo a punto de largarme de este mundo. Me rozó la cabeza produciéndome una pequeña herida. Clark salió de detrás de unos arbustos. Estaba pálido como un muerto y me dijo con palabras incoherentes que me había tomado por una pieza.

—¿Acaso no pudo ser así? Accidentes de ese tipo ocurren todos los días.

Golpeé el puño derecho contra la palma de la mano izquierda.

—Sí, maldita sea, todos los días ocurren, pero yo acostumbro a leer en los ojos de las personas y yo leí en los de Clark su traición.

—¿Se dio cuenta de ello en aquel momento?

—¡No! Entonces terminé por creer en sus palabras.

—Ahora voy comprendiendo, señor Norton.

—¿Qué es lo que comprendes, Mary?

—Se está inventando un infierno… La muerte casual del hombre que ocupó ayer su coche lo ha trastornado… Leí los diarios. La

policía lo consideró como un accidente más.

—El teniente Swanson está de parte de Clark. Conoces al teniente, ¿verdad?

—Sí.

—Le he estado pagando durante muchos años para que hiciese la vista gorda en mis locales. El se ha encargado siempre de que oficialmente no se me obstaculizase. A él solamente le interesaban los billetes. ¿Te das cuenta? Si Clark y Lynn se decidieron a liquidarme, tuvieron que contar con el teniente Swanson. Y si ellos sabían que yo tenía que morir, el teniente se ocupó de todo para que quedase ninguna prueba del crimen.

—Oh, Red… —dijo ella, y de pronto se mordió e] labio inferior al darse cuenta de que me había llamado sólo por mi nombre. Agregó en seguida—: ¿Por qué no me cuenta lo del coche? ¿Cómo fue?

—Sí —dije—. Yo tenía que ir a Cleveland. Allí está la orquesta de Paul Buchnard. Quería contratarla por dos meses para hacerla girar por mis tres locales, veinte días en cada uno. Era un buen negocio. Iba a hacer el viaje en mi coche y quedamos en que Clark me lo traería del garaje. Le dije que le llevaría a su casa, pero no quiso. Después he recordado que también estaba pálido, muy blanco, como aquella vez, hace dos meses, cuando se le disparó la escopeta. Me puse en camino, pero al pasar por Paterson recordé que no había hecho mis apuestas del día. Descendí del coche en una estación de servicio y llamé a mi agente Bing Huston. Después de colocar mi dinero en los caballos que corrían en Saratoga, abandoné la estación para volver al coche, pero no lo encontré donde yo lo había dejado. Sólo había tardado ocho minutos en ir a llamar. De pronto alguien empezó a gritar a unas quince yardas de allí. Luego vino corriendo hacia la estación. Dijo que un coche acababa de saltar por la carretera y se había ido al fondo de un barranco. Tuve un presentimiento. Descendí con otros por el borde de la barranquera. Los restos del coche estaban convertidos en una terrible hoguera, pero pude ver claramente el número de la matrícula. Era mi carro. Entonces fue cuando comencé a pensar y recordé a Clark y el supuesto accidente del lago Oswego y su cara blanca como el mármol, y recordé a Lynn y la forma en que ellos se miraban. Debí alejarme de allí sin darme cuenta de nada y me

encontré andando por la carretera de regreso a Nueva York.

—¿Qué hizo después, señor Norton?

—Sólo andar, pero mi cabeza era un hervidero de ideas. Finalmente decidí esperar. Quería leer los periódicos, y por la noche me pude enterar de que yo era el muerto. El tipo que me robó el coche había ardido por los cuatro costados y su documentación había quedado reducida a cenizas. Clark, Lynn y el teniente Frank Swanson habían identificado el cadáver como perteneciente a Red Norton. Ya no tuve duda. Ellos habían armado un gran complot para liquidarme y eran tantos sus deseos de hacerlo que no dudaron de que el cadáver era el mío. ¿Te das cuenta, Mary?

Mary se apretó las sienes con las manos.

—Oh, no. Usted está equivocado —me miró fijamente a los ojos con un gesto de preocupación—. Confieso que han existido una serie de circunstancias para que usted llegara a tales conclusiones, pero no puede haber ocurrido tal como usted dice.

—¿Por qué no? Yo también quisiera convencerme de que sufro alucinaciones.

—Realmente creo que es su cerebro quien ha armado ese supuesto complot contra usted. Mientras trabajé en el Corinto pude darme cuenta de que Clark lo respetaba, de que sentía verdadera admiración por usted. Muchas veces oí que lo nombraba en su ausencia, señor Norton, y siempre fue para decir algo favorable. Clark tenía muchos motivos para sentirse agradecido. Era de dominio público que usted hizo por él más de lo que habría hecho su mejor amigo, y hasta su propio padre.

Ella guardó un silencio y yo no la interrumpí.

—Examine las cosas desde otro punto de vista, señor Norton —prosiguió—. Vea el lado bueno de las personas. Suponga que a Clark se le disparó efectivamente la escopeta. Usted dice que le hirió.

—Sí.

—Es lógico que él, al descubrir lo cerca que había estado de matarlo, se pusiese pálido o blanco como usted dice.

—Oh, no, Mary… y, por si fuera poco, tiene lo del coche.

—La explicación de la muerte de ese hombre es mucho más sencilla. Lo vio llegar en su automóvil a la estación de servicio y se percató de que usted dejaba puestas las llaves de contacto. Hasta es

posible que lo viese penetrar en la cabina. Ese hombre pensó que era su gran momento para largarse con el coche. Naturalmente, quiso poner la mayor distancia posible entre él y la estación de servicio. Cuando usted saliese se dar ría inmediatamente cuenta del robo y llamaría a la policía. Empezó a correr a toda velocidad y de pronto tuvo un fallo y se precipitó por el barranco —me sonrió mirándome a los ojos—. ¿Lo ve, señor Norton?

Apoyé la frente en el puño cerrado. Tal como ella lo contaba, todo era muy lógico. Yo había creído ver fantasmas.

—Ha sido su amor a Lynn —oí que decía—. Está enamorado de ella y ha pensado que Clark se la va a quitar.

—¡No! —chillé.

—Sí, señor Norton, eso es. Y la misma negativa suya lo traiciona. Ni por un momento es capaz de admitir que usted pueda perder a esa mujer.

Recordé la escena de mi funeral. Fue al verla a ella al lado de Clark cuando la ira que me invadía llegó a su paroxismo.

—Le voy a dar una solución, señor Norton —murmuró Mary.

—¿Cuál? —le pregunté con voz ronca.

—Vaya a ver a Lynn.

—¡Eso es imposible!

—Pero no se presente inopinadamente a ella. Llámela por teléfono y prepárela.

—¡He dicho que no!

—Cuando usted vea su cara, su forma de reaccionar, se dará cuenta de que esa confabulación que usted ha creído ver solo ha existido en su mente.

Transcurrieron unos segundos. Yo estaba sumido ya en un mar de confusiones. Necesitaba dormir, descansar, dar reposo a mi cabeza y a todo mi cuerpo.

—Quizá lo haga mañana —murmuré.

—Por favor, señor Norton, hágalo ahora.

—¿Por qué ahora? —grité casi.

—Saldrá de una vez de ese infierno, y cuando haya comprendido que todo marcha bien, se sentirá mucho mejor.

Me mojé con la lengua los labios resecos. La estuve mirando un rato a la cara sin decir nada. Finalmente me decidí.

—Está bien, Mary.

—Cuánto me alegro —sonrió, tomando una de mis manos y apretándomela suavemente.

Me sentí avergonzado.

—¿Puedo llamarla desde aquí mismo?

—Sí, claro.

Regresamos al *living*. Vi el teléfono sobre una pequeña mesa y me detuve mirándolo. Otra vez empecé a dudar sobre la conveniencia de dar aquel paso. ¿Qué me ocurría? Llevaba más de veinticuatro horas pensando en mi venganza y había bastado que hablase un rato con Mary Lloyd para que ella me convenciera de que yo debía estarme quieto porque no había ocurrido nada absolutamente de lo que pensaba.

—Le prepararé otro *whisky* mientras tanto —dijo Mary. Cogió mi vaso y se lo llevó a la cocina.

Pensé que aquél era un buen momento para abandonar el apartamento. Antes de que ella regresase, yo estaría descendiendo por la escalera, y sabía que Mary no trataría de alcanzarme, que respetaría mi última decisión.

Pero permanecí clavado, sin moverme. Ella vino a mi lado y me ofreció el vaso con la nueva ración de *whisky*. Bebí un trago y me acerqué al teléfono. Me senté otra vez en el sillón y después de descolgar el aparato, marqué un número, el de Lynn.

Oí mi zumbido a la otra parte de la línea. No sé por qué, pero en aquel momento deseé que ella no estuviese en casa. Ese pensamiento trajo consigo otro. Si Lynn no estaba en su apartamento, ¿dónde infiernos se encontraba? ¡Con Clark, naturalmente!

Ambos estarían celebrando en aquellos instantes mi muerte. Consulté mi reloj. Eran las tres de la tarde. Santo cielo, habían transcurrido ya cuatro horas desde que abandoné la casa de pompas fúnebres.

Y de súbito descolgaron.

—¿Diga? —Oí.

Sentí un escalofrío por la espalda. Era la inconfundible voz de Lynn.

Titubeé y levanté la mirada depositándola en los ojos de Mary Lloyd. Ella me sonrió suavemente, como si quisiese darme ánimos, y movió imperceptiblemente la cabeza de arriba abajo.

—Oiga, ¿quién ahí? —repitió Lynn.

—Hola… nena —tartamudeé.

Transcurrieron tres segundos. Me maldije por haber consentido en hacer aquella llamada. Me parecía melodramática, folletinesca.

—¿Quién está ahí? —preguntó Lynn con un leve temblor en la voz.

—Soy yo, nena… Bed Norton.

No me llegó ninguna respuesta, absolutamente ninguna.

—Lynn —inquirí.

Oí que respiraba profundamente.

—Es una broma de mal gusto —respondió. Me di cuenta de que ella iba a colgar y grité:

—¡No se trata de ninguna broma, Lynn! Soy yo, Bed… El hombre que murió en el coche no era yo.

—¿Qué… qué dice…? Usted… está borracho.

—Sé que parece fantástico, Lynn, pero es la pura verdad. Yo pensé… bueno, no importa lo que yo pensase… Estoy vivo, nena… ¿No es eso lo que importa?

—¿De qué manicomio se ha escapado? —No puedo escucharle… ¡No le quiero escuchar!

—Por lo que más quieras, Lynn. Préstame atención un momento… Me robaron el coche. Yo lo había dejado aparcado en una estación de servicio para hacer mis apuestas en Bing Huston. Mientras hacía la llamada, ese tipo me birló el coche… ¿Me oyes, Lynn?

Ella no dijo nada.

—¿Estás ahí, Lynn?

—Sí —respondió con voz que pareció llegar desde muchas millas de distancia.

—Voy a ir a verte ahora, nena. Quise que no te asustaras y por eso te llamé, para ponerte al corriente… Ahora mismo salgo para tu apartamento.

Tuve la impresión de que ella colgaba bruscamente.

—Lynn —llamé, no obstante—. ¡Nena!

Definitivamente había quedado cortada la comunicación.

Yo también puse el auricular en la horquilla. Miré otra vez a Mary Lloyd. Ella me observaba muy seria.

—No ha parecido creerlo mucho —sonreí—. Quizá cuando

llegue allá me encuentre con un escuadrón de policías.

—Es natural que se haya sorprendido. Yo también me asusté… Y no soy la mujer con quien va a casarse.

Nuestras miradas se encontraron. Ella bajó rápidamente la suya. Bebí otro trago de *whisky* y después de dejar el vaso sobre la mesa, me levanté.

—Ya me voy —dije—. No sé cómo agradecértelo.

—Celebro haberle servido de ayuda, señor Norton.

—Red, por favor.

Ella sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Creo que me he portado muy mal contigo —dije—. Ni siquiera se me ha ocurrido preguntarte una vez cómo te iba.

—Usted tiene muchas cosas en qué ocuparse. Es lógico que no tenga tiempo para asuntos sin trascendencia.

—¿Dónde trabajas?

—En Siroco. Me contrató Buddy Adíe.

—¿El trompetista?

—Sí. Salimos de *tournée* dentro de tres días. Haremos la ruta del Medio Oriente.

—No comprendo aún por qué te marchaste de mi local.

—Se lo dije entonces. Me gusta viajar. Asentí con la cabeza.

—Bueno, Mary; si no nos vemos, te deseo muchos éxitos.

—Gracias.

—Puedes enviar una tarjeta de vez en cuando.

—Tendré muchos ratos libres. Le enviaré alguna.

—Y cuando regreses, acuérdate de llamarme. A Lynn y a mí nos gustará mucho verte por casa.

No dijo nada, pero hizo otro gesto de asentimiento. Tendí la mano y ella me entregó la suya. La apreté suavemente. Percibí su tibieza. Luego la solté con rapidez y me dirigí hacia la puerta. No me acompañó y salí del apartamento.

CAPÍTULO III

Pulsé el timbre de la puerta y oí pasos que se acercaban por dentro. No era el taconeo de Lynn, que yo conocía demasiado bien.

La puerta se abrió.

Clark me miró con ojos muy agrandados y la boca entreabierta. Le sonreí.

—Hola, chico —dije.

Retrocedió al tiempo que se humedecía el labio inferior.

—Entonces… ¡es cierto!

—¿Que estoy vivo…? Sí, muchacho. Y por si no lo crees, puedes tocarme… ¿No dicen que los muertos se pueden filtrar por la paredes? A mí me resulta imposible —golpeé sonoramente el puño contra la pared.

Clark tragó saliva. El traje negro le sentaba impecablemente.

—Gracias por el luto —comenté con voz jovial, y entré en el apartamento. Cerró la puerta dándole impulso y siguió mirándome entre parpadeos.

—Vamos, hombre —le dije y le palmeé un brazo—. Has de acostumbrarte a la idea. En el mundo ocurren cosas mucho más grandes que ésta.

—Sí, Red —murmuró al fin.

—¿Dónde está Lynn?

—Dentro.

Fui a apartar las cortinas del vestíbulo y él dijo rápidamente:

—¿Por qué no esperas un momento, Red?

—¿Para qué?

—Ya sabes —me sonrió apretándose las manos en un gesto embarazoso—. Será mejor que yo le diga algo.

Fruncí el ceño.

—Le hablé por teléfono ya. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Nos cogeremos del brazo y entraremos los dos al mismo tiempo.

No esperé su consentimiento. Lo tomé como yo acababa de sugerir y penetramos en el *living*.

Mi muñeca rubia estaba cerca del mueble bar que yo le había comprado recientemente, con un vaso en la mano. Se cubría con una blusa roja, de escote en uve, que ceñía apretadamente sus senos, y pantalón negro hasta la pantorrilla, que dejaba entrever la esbeltez de sus piernas.

—¿Cómo va eso, nena? —dije.

Lynn estaba mirándome y en sus ojos había un brillo de temor. El vaso le resbaló de los dedos y cayó sobre la alfombra haciéndose añicos.

—¡Red! —exclamó.

—En carne y hueso, nena. Tu querido Red acaba de regresar y no precisamente del otro mundo.

Se llevó la mano derecha a la cabeza y entre sus dos cejas apareció un fruncimiento. No podía apartar sus hermosos ojos esmeralda de mi cara. Era como si yo la tuviese hipnotizada.

—¿Cómo es posible? —balbució.

—Te lo conté por teléfono, aunque puedo repetírtelo. Meneó la cabeza muy débilmente, indicando que recordaba.

—Bueno —sonreí—. No te voy a pedir un beso ahora. Será cuestión de que te conceda un poco más de tiempo para que te recuperes. Aunque supongo que no me harás esperar mucho.

Me volví hacia Clark.

—Anda muchacho, sírveme un trago. Ya sabes, ración doble.

Clark caminó hacia el mueble-bar donde estaba ella. Yo me dejé caer en un sillón y di un suspiro mientras me echaba sobre el respaldo.

—La vida es buena —dije—. Palabra que lo es.

Luego hubo un silencio que casi me hizo daño en los oídos.

Clark vino hacia mí con el vaso y me lo tendió. Bebí un largo trago.

—¿Lo has olvidado tan pronto, Clark? —Lo miré a los ojos—. Sabes que no me gusta tanta ginebra.

—Perdona, Red.

Lynn se decidió a moverse y acercóse hacia nosotros. La vi

avanzar y la medí de pies a cabeza. Acababa de ver a Mary Lloyd y me había producido una grata impresión. Se había convertido en una mujer hermosa, lo cual, unido a su belleza, la hacía verdaderamente apetecible, pero Lynn era algo fuera de serie, excepcional. Pensé que si yo hubiese muerto, la habría perdido para siempre y me alegré mucho de estar vivo. Ella iba a ser mía… solamente mía…

—¿Por qué no nos informaste de lo ocurrido en el primer momento, Red? —preguntó cuando se detuvo frente a mí.

Y de pronto me di cuenta de que no podía contarles la verdad. ¿Cómo les iba a decir que mi silencio se debía a que había pensado que ellos dos preparasen mi muerte?

¿Cómo iba a decir a Clark que yo imaginé que él había averiado mi coche para que yo me estrellase en el camino a Cleveland? No, eso era absurdo. Mary Lloyd tenía razón. Ambos eran inocentes y yo un loco por haber llegado a admitir tal monstruosidad.

Me di cuenta de que hacía rato estaban esperando mi respuesta.

—No sé qué pasó. Los médicos lo llaman *shock*. Fue la impresión de pensar que yo podría haber sido el muerto. Eché a andar sin rumbo fijo, aturdido… Luego, cuando me detuve, estaba muy cansado —solté una risita—. Llegué a dudar si, efectivamente, yo estaba vivo…

Lynn y Clark no se movieron, me miraban fijamente. Estaban todavía demasiado emocionados. Proseguí:

—Quizá yo había muerto en mi coche, era lo más lógico y estaba flotando por las calles de Nueva York —me puse serio—. ¿Qué os pasa?

No dijeron nada, sin dejar de mirarme.

—¡Maldita sea! —grité sin poderme contener—. No estáis ahí observándome como si fuese un aparecido…

—Lo siento —repuso Clark—. Pero has de comprender que tu regreso nos ha impresionado mucho.

—Vamos, querido —murmuró Lynn.

Vi cómo su boca se aproximaba a la mía y de pronto me besó suavemente. Su perfume aleteó junto a mí y eso fue algo maravilloso.

Sentí deseos de cogerla, de apretarla contra mi pecho con todas mis fuerzas, de besarla furiosamente.

Pero ella apartó los labios y me pasó la mano por el cabello.

—¿Dónde estuviste, Red? ¿No serás tú uno de esos hombres, terribles que llevan otra vida? —lo decía con mohín, embromándome.

—Sólo fui a casa de una chica a última hora, antes de venir aquí.

—Oh, Red, me voy a sentir muy celosa. ¿Qué es eso de ir a ver otra mujer antes que a mí?

—Pierde cuidado —sonreí—. Se trata de Mary Lloyd. Observé sus ojos. Por un momento brillaron iracundos.

—¿Mary Lloyd? —murmuró—. ¿Aquella vocalista?

—Sí.

Se mordió el labio inferior. Yo dije:

—Es una excelente muchacha. Se portó muy bien conmigo. —Vi que sus labios se curvaban maliciosamente y agregué—: No es nada de lo que piensas. Ella y yo fuimos buenos amigos.

—Conque un par de amigos. Ella, entonces, debe haber cambiado mucho.

—¿Por qué dices eso?

Se puso en pie y estiróse la blusa.

—Los hombres siempre sois los últimos en daros cuenta —murmuró, mirándome fijamente—. Ella estaba enamorada de ti, Red.

Traté de sonreír.

—Son tonterías tuyas —dije.

—¿Por qué te crees que se marchó de aquí? Le pagabas bien, mejor que nadie para lo que valía —compuso una voz de falsete—. Pero ella no podía estar al lado de su adorado cuando él la ignoraba.

No me pareció tan encantadora burlándose de Mary Lloyd.

—Estoy muy cansado, Lynn —dije—. Quiero dormir.

—Muy bien —dijo ella—. Estás en tu casa —me señaló con la mano el dormitorio.

Me puse en pie. Clark había recuperado ya el dominio sobre sí mismo. El color había vuelto a sus mejillas y hasta se permitió sonreír enarcando una ceja.

—Tendré que poner un poco de cuidado en comunicar la noticia a los muchachos —dijo—. Alguno se podría morir del susto.

—Sí, claro. Harás bien en ir a avisarlos. ¿Cómo van las cosas?

—¿Cómo han de ir? Perfectamente. Sacudí la cabeza.

—Siempre pensé que tú serías un buen heredero, Clark. Al instante volvió otra vez a quedar serio y carraspeó.

—Bueno, yo me marcho. ¿Cuándo quieres que venga?

—A la noche. Pienso echar un vistazo por los tres locales.

—Desde luego, Red —me tendió la mano—. Bien venido.

Estreché la suya y la encontré fría. Luego Clark miró a Lynn, pero no le hizo ninguna señal especial. Dio media vuelta y empezó a alejarse hacia la puerta. De repente me acordé de algo.

—Oye, Clark.

Se volvió con la mano en las cortinas.

—¿Sí, Red?

—Encárgate tú también de la policía. Diles lo que pasó, yo estoy cansado.

—Confía en mí.

—Habla con Frank y comisiónalo para que aparte de aquí los moscones.

—Todo quedará bien. No tendrás ninguna queja.

—Eso espero, muchacho.

Clark salió definitivamente del apartamento. Lynn y yo quedamos solos.

Caminé hacia mi muñeca rubia y le paseé el brazo por la cintura atrayéndola contra mí.

—Eres un portento, nena —le dije.

La besé en la boca y de pronto ella apartó su cara riendo mientras se acariciaba la mejilla.

—Me has pinchado, Red. Me froté la barbilla.

—Eso lo arreglaré fácilmente luego, cuando haya dormido un poco. ¿Estarás aquí?

—Sí, querido. Velaré tu sueño. Voy a sentarme en un sillón y leeré. Quiero que tengas un buen despertar.

Sus ojos me prometieron mucho. Yo tragué saliva pensando que lo de después podía ocurrir ahora. Pero súbitamente me encontré sin fuerzas y rechacé aquella idea. Había andado mucho desde el día anterior y pasado la noche en un hotel de tercera categoría de la ciudad, sin pegar un ojo, fumando sin cesar. Tenía mis bronquios a la ruina y el sueño me cerraba los párpados. Le apreté la mano suavemente y me metí en el dormitorio.

Sólo me quité la chaqueta y los zapatos y me dejé caer en la cama. No tardé siquiera un minuto en quedarme dormido.

No sé cuánto tiempo transcurrió. De pronto oí un grito en mi sueño y me desperté incorporándome sobre la cama, sobresaltado, bañado en sudor.

La habitación estaba a oscuras, pero un sexto sentido me advirtió que yo no estaba solo en ella, que había alguien conmigo. Rápidamente encendí la luz.

Sentí un estremecimiento al ver al fondo, cerca de la puerta, a Luchino Todd, uno de los matones que yo tenía contratados. Sus ojillos de zorro brillaron en la cara aplastada, de nariz chata.

Tenía la diestra en el bolsillo.

—Hola, jefe —sonrió, enseñando sus dientes mal alineados.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Le montaba guardia… Usted sabe que lo aprecio, jefe. No quiero que le vuelva a pasar nada malo.

No me gustó su respuesta. Un chiquillo habría contestado mejor que él, pero recordé que Luchino era una especie de retrasado mental, alguien a quien no se podía pedir mucha lógica. Era fuerte como un toro y había sido boxeador. Yo había alquilado sus músculos, no su cerebro. Era un tipo insustituible para cuando alguien intentaba armar camorra en el club donde estuviese prestando servicio. En un santiamén se deshacía de cualquier enemigo, por muy habilidoso que fuese. Después de retirarse del boxeo, Luchino había asistido a clases de judo.

—Gracias, Luchino —le contesté.

Seguía sonriéndome, pero su diestra continuaba en el bolsillo, un bolsillo que abultaba mucho.

—¡Lynn! —llamé—. ¿Dónde estás? Siguió un silencio. Miré a Luchino.

—¿Dónde está ella?

Invirtió un rato en responder.

—La dejé ahí fuera.

En eso la puerta se abrió y mi muñeca rubia apareció enmarcada. Dirigió una mirada a Luchino y otra a mí.

—¿Dormiste bien, querido?

Los observé a los dos. La bella y la bestia.

—Sí, nena. ¿Qué hora es?

—Las nueve, y fuera, llueve.

—Infiernos, no creí que hubiese dormido tanto. ¿Quieres prepararme algo? Tengo el estómago vacío.

—¿Qué, Red?

—Un «sandwich» de jamón y un pozo negro de café —murmuré.

—Lo que quieras…

Miró a Luchino y luego se marchó cerrando a sus espaldas. El matón parecía haberse convertido en una estatua.

Me puse en pie, descalzo, y me acerqué a la ventana. Abajo vi la calleja acharolada. Llovía débilmente pero todo estaba mojado ya. Atraje los zapatos cerca de mí y me senté en una silla. Miré a Luchino y me reí.

—¿Te contaron lo que pasó? —pregunté.

—Sí, jefe.

—Fue bueno. Uno piensa muchas cosas cuando está muerto.

Vi que se estremecía. No le gustaba aquel diálogo. Me puse el zapato.

—Recuerdo lo que hice por ti, Luchino. ¿Te acuerdas tú? Fue una noche como la de ahora. Llovía. Te encontré con una pistola. Estabas como enloquecido. Yo te conocía del *ring*. Me dijiste que ibas a robar al primero que se te presentase aunque tuvieras que levantarle la tapa de los sesos y yo te llevé conmigo —vi cómo sus músculos se atirantaban—. Infiernos, cómo comiste. Aún lo recuerdo. Cinco platos y repetiste dos veces el postre. Desde entonces las cosas cambiaron para ti, ¿eh, Luchino?

—Sí, jefe.

—Buena comida, trajes estupendos y hasta lograste una bonita pelirroja, Ethel. A propósito, ¿cómo está ella?

—Bien.

—Lo celebro mucho. Me puse en pie.

—Uno se alegra siempre de que a los amigos les vayan bien las cosas.

Luchino no se había movido una sola pulgada del lugar en que lo había encontrado cuando desperté.

Me dirigí hacia la puerta y la abrí.

—¿Salimos fuera, Luchino?

—Sí.

—Tú primero, muchacho.

Luchino sacudió la cabeza y, por fin, sacó la mano del bolsillo.

Salió al *living* y yo fui detrás de él. Había unas cuantas personas allí. No estábamos Luchino y yo solos. Vi a Lynn en el brazo del sillón, su postura favorita, justo en el que ocupaba Clark. Los dos se miraron muy serios. Formaban una buena pareja. Y un poco más allá, apoyado un codo en el aparato televisor y con un vaso de *whisky* en la mano, estaba el teniente Swanson.

—¿Qué tal, muchachos? —dije—. Mi funeral fue esta mañana.

Swanson estaba por los cuarenta años de edad, y su rostro daba la impresión de que lo hicieron con cera blanca y que alguien hundió sus dedos sobre las mejillas, sobre la frente y en la, boca. Todo eran protuberancias. El se sabía feo y eso era algo que lo había hecho de mala condición. Pero era un tipo estupendo para ayudar a que las cosas marchasen bien en una cadena de clubs nocturnos como la mía.

—No lo quería creer —murmuró.

—¿De veras, Frank? Pues aquí me tienes.

—Eso es a lo que yo llamo tener suerte.

—Sí —concedí—. Siempre he presumido de buena estrella. ¿No es verdad? Tengo dinero y personas a mi alrededor que son felices.

Me acerqué al sillón donde estaban Lynn y Clark. Me incliné sobre mi rubia y la besé en la oreja. Luego seguí andando y me senté en el sofá.

—Bien, muchacha —dije—. ¿Dónde está mi comida?

Lynn saltó del brazo y volvióse hacia mí.

—Perdona, Red… Lo olvidé. Estoy un poco nerviosa desde que regresaste.

—Lo comprendo, nena. No te preocupes. Anda, ve a la cocina. Sacudió la cabeza en sentido afirmativo y se marchó.

—¿Tienes un cigarrillo, Clark? —pedí—. Se me acabó la ración.

Clark metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó su paquete que me lanzó por el aire.

Encendí, lancé una bocanada de humo y observé que nadie había dicho nada. Era una reunión alegre, digna de un resucitado.

De pronto me eché a reír.

—¿Van a lanzar ediciones extraordinarias los chicos de la Prensa en mi honor, Frank? El teniente bebió un trago de *whisky* e hizo chasquear la lengua como si lo saborease.

—No habrá ediciones extraordinarias —dijo.

—¿No, Frank? —retruqué—. ¿Acaso no has pasado el aviso de mi vuelta al mundo? Me miró a los ojos.

—Quería hablar primero contigo. Fruncí el ceño.

—¿Hablar conmigo, Frank…? ¿De qué quieres hablar conmigo?

El teniente tuvo la impresión de pronto de que el cuello de la camisa le venía demasiado estrecho y se pasó el dedo por él para ensancharlo. Luego observó a Clark, y yo seguí la dirección de sus ojos.

Clark estaba otra vez pálido y yo me dije que no había razón para que estuviese así, porque el susto de verme vivo ya se le debía haber pasado. Había tenido mucho tiempo para recuperarse.

Lynn apareció por la puerta de la cocina y se detuvo observándonos a todos. Luego se adelantó hacia la mesa que había delante de mí y puso encima una bandeja en la que vi un «sandwich» de jamón, una botella de cerveza y una taza de café humeante. Se quedó a mi lado mirándome, retorciéndose la mano izquierda. De pronto fijó los ojos en Clark.

—¿Qué te pasa a ti? —dijo—. ¿Por qué no se lo dices de una vez?

—¡Cállate! —exclamó Clark, mirándola con los ojos entrecerrados.

—No quiero callarme… ¿Dónde están tus agallas? —Miró al teniente—: ¿Y tú, Frank…?

¡Buen par de tipos estáis hechos!

Tragué saliva y me maldije para mis adentros. Las piezas del rompecabezas encajaban otra vez. Observé a Clark, al hombre con quien me había comportado como un padre.

—Anda, muchacho, suéltalo —le dije.

—¿Qué Red…? ¿Qué es lo que tengo que soltar? —titubeó.

Di una chupada profunda al cigarrillo y exhalé el humo. Con voz ronca dije:

—¿Por qué no te atreves, Clark? Lynn se pondrá muy contenta si le demuestras que tienes agallas.

Clark se pasó la mano por el ensortijado cabello, alborotándolo. Frank Swanson avanzó hacia nosotros y dijo:

—Llegó la hora, muchacho. El mismo te ha dado el pie. Clark volvió la cabeza hacia mí.

—¿Por qué viniste aquí? Si te libraste, ¿por qué viniste…? Debiste suponerlo… ¡Maldita sea! El accidente de caza no fue tal accidente. Tiré a matarte… y lo del coche también fue preparado. Quité el aceite del freno, sólo dejé un poco…

CAPÍTULO IV

Yo me esperaba aquello. Mis sospechas habían vuelto a renacer cuando entré en el apartamento, apenas vi a Clark y a Lynn, pero me había repetido una y otra vez que yo debía estar equivocado, que Mary Lloyd tenía razón. Era como vivir una pesadilla y ahora yo estaba allí en el sillón, en silencio, mirando todas aquellas caras cuyos ojos estaban fijos en mí.

—Ya pensé en todo ello —dije con voz ronca—. Aposté a que era un crimen premeditado, pero alguien me lo quitó de la cabeza.

—Fue esa chica, ¿verdad? —preguntó Lynn—. Mary Lloyd.

—Sí, nena —le contesté, mirándola—. Fue Mary Lloyd. Se echó a reír.

—Tu enamorada es muy ingenua, Red.

—Ahora me doy cuenta de que, además de ingenuidad, posee algo más, algo que tú ni siquiera has conocido.

—¿El qué, Red? ¿Qué es lo que tiene ella que no tenga yo?

—Dignidad, entre otras cosas. Rió más fuerte.

—¿Lo habéis oído, muchachos? —murmuró, dirigiéndose a los demás—. El antiguo jefe nos va a soltar un sermón.

No pude contenerme, y, además, estaba muy próxima a mí. Me agaché cerca de ella, la cogí de un tobillo y tiré de él salvajemente.

Se vino abajo golpeando sus caderas contra la alfombra.

Lanzó un grito, y Clark se levantó como impulsado por un resorte.

—¡No la toques, Red! ¡Maldito seas! Le miré.

—¿Qué es eso de que no la toque, Clark?

Clark proyectó la mandíbula inferior hacia adelante en un gesto de fiereza.

—¡Ya has acabado de ser el mandón, Red! Le sonreí.

—Y tú eres el que está sentado en el trono, ¿eh, muchacho?

—Sí, soy yo.

En eso mi rubia se puso en pié, los ojos llameantes de ira, y trató de golpearme en la cara con el dorso de la mano, pero yo la cogí a tiempo por la muñeca y se la retorcí. Cayó de rodillas otra vez, gimiendo.

Clark miró a Luchino.

—¿Qué estás esperando, imbécil…? ¡Saca de una vez el revólver!

No me preocupé por la pistola de Luchino. Mis sienes latían con violencia y la ira me quemaba el pecho. Pegué un terrible bofetón en la cara de Lynn y ella se desplomó, sin sentido. Entonces me levanté.

—¡Ya basta de pamplinas! —exclamé—. ¡Todos me vais a obedecer…! ¡He vuelto…!

¡He vuelto…! ¡Vivo…!

Los tres hombres me miraron. Luchino tenía ya la pistola en la mano. La esgrimía suavemente, sin apretar mucho la culata, como él acostumbraba a hacerlo.

El teniente dejó el vaso en la mesa y me miró.

—No dramatices, Red. No estás representando sobre un escenario.

—¡Tú vas a callar, Frank…!

—Eso es lo que tú te crees. Aquí ya no pintas nada. Red.

—¿Quién dice que no?

Frank señaló simultáneamente a Clark y a Luchino.

—Nosotros, Red. Nosotros somos los que mandamos.

—¡Os haré apalear hasta que me supliquéis de rodillas que os deje en paz! —murmuré amenazadoramente.

Swanson se echó a reír.

—Tú ya no puedes hacer nada. Dijiste antes que estabas vivo, pero te equivocas. Red Norton se encuentra en un ataúd, en el cementerio.

Sus palabras taladraron mi mente. Así pues, él no había avisado a nadie. La noticia de mi resurrección había quedado entre aquellas cuatro paredes. Ellos eran los únicos que sabían mi secreto. ¿Los únicos?

Cielos, ¡estaba Mary Lloyd!

Lynn empezó a levantarse. Por la comisura de los labios le salían unas gotas de sangre. Se limpió con el dorso de la mano, y al ver ésta manchada de rojo, soltó un juramento que yo sólo estaba acostumbrado a oír en el muelle, a los estibadores.

De pronto, se lanzó contra Luchino.

—¡Dame la pistola! —gritó—. ¡Dámela! ¡Quiero ser yo quien le saque las tripas! Pero Luchino la apartó de sí, propinándole un empujón.

—Quieta, muchacha —le dijo—. Esto es cosa de hombres.

Miré al ex boxeador, al hombre que yo salvé de convertirse en un delincuente del tres al cuarto.

—¿Tú también, Luchino? —dije—. ¿Es que también estás de parte de ellos?

Se humedeció los labios con la lengua y sus ojos miraron rápidamente al suelo.

—Claro que está con nosotros —dijo Clark—. Contigo sólo será un vulgar matón y ahora es un socio del negocio.

—Socio, ¿eh? —pregunté—. ¿Y se puede saber cuántos integran la sociedad?

—Swanson, Luchino y yo —respondió Clark.

—Un estupendo trío. Llegaréis muy lejos.

—Eso es cuenta nuestra —dijo Clark, levantando la barbilla. Sacudí la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Cómo no lo vi antes? —murmuré—. ¡Maldito sea! ¡Cómo no lo vi antes…! ¡Clark Husley, serpiente venenosa, reptil inmundo!

Avancé sobre él con las manos levantadas, los dedos engarfiados, porque quería atraparlo por el cuello y apretárselo hasta que hubiera exhalado el último suspiro.

De pronto oí la voz grave, amenazadora, de Frank Swanson:

—Luchino, dispárale si lo toca.

Me detuve mirando al teniente. Cerré los ojos y logré frenarme un poco. Transcurrió medio minuto sin que nadie abriera la boca.

—Está bien —dije—. ¿Qué es lo que os proponéis?

Ellos cambiaron una mirada entre sí. Finalmente, habló Clark:

—Ya te lo dije antes, Red. Debiste morir.

—Pero otro ocupó mi lugar.

—Es una pena. Tendremos que hacer el trabajo otra vez.

—¿Sí, Clark? ¿Me vas a matar tú?

—No, yo no —respondió entrecortadamente—. Los muchachos se encargarán de eso.

—Los muchachos, ¿eh? Nunca tuve asesinos en mi organización. Swanson se acercó al bar y cogió un nuevo vaso.

—Ahora, los asuntos los vamos a llevar de otro modo. Le observé con los ojos entrecerrados.

—Te conozco, teniente. Me hablaste una docena de veces de convertir mis locales nocturnos en expendedurías de heroína y demás drogas. Yo siempre negué. Apuesto a que eres el organizador de todo este «complot».

Se escanció una buena dosis de *whisky* y levantó el vaso como si se dispusiera a brindar por mí. Me sonrió.

—Sí, Red. En nuestros locales se van a vender ahora drogas. Tú eras demasiado buen chico. La gente paga bien si uno está dispuesto a satisfacer sus caprichos.

—De acuerdo —dije—, pero os voy a hacer el trabajo gratuitamente. No necesitaréis matarme. Retiraré el dinero de la caja y me largaré.

Swanson meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, Red, eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—¿Es que no te das cuenta? Tú tienes que estar muerto.

—Eso se puede arreglar fácilmente. Me cambiaré el nombre. Todos los días hay gente que hace eso.

—No podemos correr ningún riesgo contigo. —Frank Swanson bebió otro trago de *whisky*. Luego agregó—: Si te dejásemos marchar, sería como si tuviéramos una espada encima de nuestras cabezas, lista para segarlas.

—Puedo daros mi palabra.

—Tampoco servirá, Red. Lo único que lo puede arreglar es que tú mueras. Es como debe ser.

Estaba apelando a un tribunal que me había sentenciado de modo definitivo mucho tiempo atrás.

—Me estáis aburriendo con tanta palabrería —exclamó Lynn de pronto—. ¿Por qué no termináis de una vea?

—No vamos a hacerlo aquí —dijo Swanson.

—Claro que no —dije a la rubia—. Te podría manchar la alfombra, preciosa.

Me miró con ojos cargados de odio y yo, abrumado, me pregunté cómo había podido enamorarme de una mujer como ella. De pronto me acordé de algo.

—Debí tenerlo en cuenta, Lynn. Lo que contaste a la policía no fue cierto. Tu marido no se tiró por la ventana, tú lo arrojaste.

—Eso lo acabas de inventar tú ahora porque sabes que vas a morir.

—Eres una asesina, o quizá sea que estás loca. No puedo quitarme de la cabeza que hace unos meses me querías. Eso es, te funciona mal el cerebro. Te gusta amar a un hombre para luego destruirlo.

—¿Por qué no le cierras la boca de una vez, Luchino? —gritó, encolerizada. No hice caso de sus palabras y proseguí:

—Luego le tocará el turno a Clark, ¿verdad, nena? Cualquier día te fijarás en otro hombre, quizá en ese memo feo —señalé al teniente.

Swanson abrió más los ojos y vi las venillas rojas que los surcaban. Y entonces pensé que él debía ser un adicto a las drogas.

—Repite eso, Red. Anda, dímelo, repítelo y seré yo mismo quien te clave todo un cargador en la barriga.

Era su punto flaco. No le gustaba que nadie le hiciese recordar su fealdad.

—Dame un cigarrillo —dijo Lynn a Clark.

Éste cogió el paquete que yo había dejado sobre la mesa. Lynn encendió y, mientras arrojaba el humo, dijo:

—Lleváoslo ya —me miró fijamente—. Estoy harta de su olor…

Me pregunté si valdría la pena arrojarme sobre ella. Me hubiese sido fácil cogerla por el cuello; el suyo era frágil, delicado… Lo sabía porque la había acariciado muchas veces. Bastaría con que le propinase un golpe con el dorso dé la mano para que sus vértebras crujiesen y se desplomase entre ahogos. Sería un buen final, pero miré a Clark y me dije que no me interesabaˆ Ella se lo cargaría tarde o temprano y es_ posible que, si por el crimen de su marido o por el mío no pagaba, quizá por el de Clark le ajustarían las cuentas. No siempre iba a tener la misma suerte. Alguna vez se acabaría su racha.

—Anda ya, Bed —dijo Swanson—. Echa a andar hacia la puerta y será mejor que tengas cuidado. Nada de tonterías. Luchino y Clark

van a ir contigo. Yo iré detrás en otro coche. —Miró a Luchino—. Ya sabes lo que has de hacer. Si intenta algo, le agujereas la piel.

—Descuide, teniente —dijo el matón.

Luchino ya estaba convencido. En su pequeña mente, se veía poderoso. Era nada menos que un socio. Había dejado de ser un guardaespaldas. Supe que no podría contar con él.

Eché a andar hacia las cortinas, y Clark y Luchino se movieron detrás de mí. Swanson, continuó donde estaba.

De pronto Lynn dijo:

—A propósito, muchachos. ¿Quién se va a encargar de Mary Lloyd?

Al oír aquel nombre en sus labios fue como si me pusiesen en contacto con una corriente de alto voltaje. Me detuve estremeciéndome y volví la cabeza.

—¿Qué es lo que dices? —pregunté con voz estrangulada. Me miró echándose a reír.

—No pensarás que la vamos a dejar viva. Ella sabe que el hombre que murió en el accidente de automóvil no eres tú. También necesitamos que ella desaparezca.

Miré a Swanson, a quien concedí la jefatura de aquel trío de miserables.

—Dile que está equivocada, teniente. Dile que no le vaya a hacer nada a la chica. Dile que la dejaréis en paz.

Swanson sacó un largo cigarrillo del bolsillo superior de la americana y lentamente se lo llevó a la boca. Lo mordisqueó y soltó un trozo sobre la alfombra. Luego me señaló con el cigarro.

—Son cosas que pasan. Considéralo como una desgracia, simplemente una desgracia.

¿Qué culpa tenemos nosotros de que tú acudieses a ella?

—¿Quieres decir que la vais a matar también? Se encogió de hombros significativamente.

Los miré otra vez a todos, uno e uno. ¡Maldita pandilla de asesinos!

—¡No podéis hacerlo! —grité—. ¡No lo haréis!

CAPÍTULO V

Siguió un silencio. Lo harían, matarían a Mary Lloyd. Me apreté las sienes con la mano.

¡Cielos, ella no! Era una buena chica y posiblemente, tal como había dicho Lynn, ella me quería. Ahora que pensaba en aquel pasado, tan remoto aunque sólo se refería a seis meses atrás, me di cuenta de que yo había sido un estúpido. Recordé a Mary cuando trabajaba en mis clubs y cómo a veces me miraba cuando cantaba sus canciones y cómo algunas noches se retrasaba después de su actuación, esperando, quizá, que yo me decidiese a acompañarla a su casa. Todo me lo tenía merecido. No a una muerte, sino a mil me había hecho acreedor. Pero ella no, ella no. ¿Qué podía decirles? Me hartaría de suplicarles, de rogarles y no accederían a dejarla viva. La habían sentenciado conmigo. Desde el momento que fui a su casa uní mi suerte a Mary Lloyd. Si yo moría, ella también tenía que morir.

Escuché mi voz interior:

«No le des más vueltas a la cabeza, Red. Está todo perdido. No te queda una sola oportunidad. Te ultimarán y luego le tocará el turno a ella… pero ¿por qué no has de probar, Red? Tienes que intentarlo. No puedes consentir que le hagan daño a Mary Lloyd. Le debes algo a ella, Red. Y ahora tienes oportunidad de quedar a la par».

Frank hizo una señal a Luchino y éste dijo:

—Ya está bien, Red. Se acabó. Sigue andando.

Dirigí una última mirada a Lynn. Tenía el cigarrillo en la comisura de los labios, las manos metidas en el pantalón y proyectaba sus senos hacia delante en un gesto provocativo.

La maldije para mis adentros y di media vuelta.

Salimos fuera del apartamento, y un hombre que estaba contra

la pared se acercó a nosotros. Era un tipo de cejas rubias, casi blancas, muy pequeño, pero de fuerte constitución. Tenía los ojos acuosos, como un pez al que hubiesen atrapado en la red tres días atrás.

Me midió de pies a cabeza y dijo por la comisura de la boca:

—Conque es éste.

—Sí, Johnny. Éste es —asintió Luchino.

El tal Johnny me estaba interrumpiendo el paso y se me había acercado demasiado. No me gustó su perfume. Me recordó al de una trotacalles.

Levanté el pie y lo descargué sobre el suyo.

Lanzó un grito, retrocediendo y apretó los dientes rabioso. Llevóse la diestra a la sobaquera, pero en ese instante Clark dijo:

—Aquí no, Johnny, a menos que él quiera.

—El lo prefiere —contestó el enano matón.

—Armaríamos demasiado escándalo —dije—. Prefiero cualquier otro sitio.

Supe que ahora tenía conmigo un asesino de verdad. Luchino se habría bastado para disparar contra mí en cualquier momento, porque a ello lo obligaba su nueva categoría en la naciente sociedad, pero podría haber hecho algo para sorprenderlo. Clark no era bastante enemigo y lo podría deshacer en cuanto quisiese. Pero aquel pequeñajo, Johnny, inclinaba el peso de la balanza debidamente hacia ellos.

—Está bien —dijo el rubio— vamos a ese sitio cuanto antes. Tengo ganas de sostener con él una conversación.

Me imaginé qué clase de conversación sería.

Luchino me empujó hacia el ascensor. Descendimos los cuatro y salimos a la calle.

Poco después viajábamos en un sedán negro. Clark conducía y yo estaba entre Luchino y Johnny.

Johnny sacó su pistola, una «Luger» de enorme tamaño. La debía de cuidar como un padre cuida a su hijo. Estaba reluciente, limpia, y probablemente la habría engrasado aquel mismo día.

—Me la quisieron comprar —explicó dirigiéndose más a Luchino que a mí—. Y todo porque liquidé a un tipo de los gordos hace cuestión de un mes. —Se puso a reír—. ¿A que no sabes quién me hizo la oferta?

—No sé —contestó Luchino.

—Un agente teatral —lanzó una carcajada—. El fulano representaba a un coleccionista. Yo sabía que hay tipos chiflados de esos que coleccionan sellos, monedas y hasta fajas de puro, pero no sabía que hubiese fulanos que coleccionasen armas que hubieran servido para retirar de la circulación a los de arriba.

—¿Cuánto te ofrecieron? —preguntó Luchino.

—No te lo vas a creer, muchacho.

—¿Cuánto?

—Mil dólares —dijo Johnny, y se inclinó hacia adelante.

Era mi gran momento. Pegué con el antebrazo en la boca de Luchino, lanzándolo hacia atrás, e inmediatamente descargué el dorso de la mano sobre la muñeca armada de Johnny, quien soltó la «Luger» lanzando un grito de dolor.

Me agaché rápidamente y observé cómo mi mano se acercaba a la pistola, pero entonces también vi que Johnny lanzaba el pie hacia arriba. Lo vi llegar, pero no pude evitarlo porque se estrelló contra mi cara como una exhalación. Me pegó con la puntera en las narices y pensé que me había partido el hueso. Caí hacia atrás sobre Luchino, quien estaba sacando el revólver. A pesar del intenso dolor que me laceraba la cara, acerté a pegarle un derechazo en el mentón y se derrumbó otra vez sobre el respaldo, semiinconsciente.

—¿Qué pasa ahí? —gritó Clark desde el asiento delantero.

Vi como el rubio dirigía su mano hacia el arma. Yo había quedado en muy mala posición y me incliné hacia adelante, pero él ya había conseguido atrapar la pistola y me apuntó a la cara, justo entre las dos cejas. Me enseñó los dientes sonriendo.

—Anda, valiente, inténtalo.

La sangre me corría por las narices y sentí su sabor acre. El cañón del revólver estaba a menos de cuatro pulgadas de mi frente.

Luchino estaba gimiendo, pero yo había perdido la partida.

—¿Lo tienes ya, Johnny? —preguntó Clark.

—Sí —contestó el rubio—. Se creyó muy listo. Es la clase de tipos con los que me gusta divertirme.

Me pasé el dorso de la mano por los labios y escupí sobre el piso del coche.

—Anda, Bed —dijo el rubio moviendo la pistola—. Siéntate otra vez y calma los nervios. Apuesto a que si tratas de hacer algo más,

no llegas al final del viaje.

Me senté y saqué el pañuelo para restañar la sangre.

Luchino sacudió la cabeza de un lado a otro. Extrajo la pistola y me la descargó sobre la rótula. Sentí una terrible sacudida que me estremeció de la cabeza a los pies, y el dolor me laceró en ondas, desde la rodilla hasta el cerebro.

—¡Maldito seas, Bed! —Oí que gritaba—. ¡Te aguanté demasiado!

Cerré los ojos. Era Luchino el que acababa de hablar y decía que me había soportado bastante. A mí, que me había apiadado de él librándolo de la silla eléctrica, que era a donde iba derecho.

Bien; ¿dónde había leído que la generosidad sólo es correspondida con envidia y con odio? Por lo visto, eso venía ocurriendo desde el principio del mundo, pero yo no me había dado cuenta de ello hasta ahora, justo cuando iba a morir.

Los frenos del coche chirriaron y quedamos inmóviles. Habíamos llegado a nuestro destino.

Luchino abrió la portezuela y saltó fuera.

Johnny me cogió del brazo y me empujó hacia el hueco.

—Anda ya, dale a las piernas.

La rodilla me dolía como mil demonios y tuve que apoyarme para no caer. Salí fuera y di dos pasos cojeando.

Vi a la izquierda el agua. Estábamos en uno de los muelles de Nueva York. Todo estaba muy oscuro. Llegó desde lejos una ronca sirena. Pensé que uno de los grandes trasatlánticos que unía a nuestro país con Europa debía estar zarpando. A la derecha había un almacén, pero no se vela ninguna ventana iluminada.

Clark se había adelantado y oí el ruido de una cerradura. Una puerta chirrió.

—Traedlo aquí —dijo Clark.

Luchino emitió un gruñido y me hizo una señal con la cabeza para que fuese delante. En eso, un coche llegó por detrás del nuestro y se detuvo.

El teniente Swanson salió por la portezuela y la cerró de golpe. Clark estaba a un lado del almacén.

Encendió una linterna y alumbró hacia el interior.

Pensé que podía pasar a la otra parte y cerrar la puerta dejándolos a ellos fuera. Sería como meterme en una ratonera, pero

quizá encontrase algún agujero para salir.

En eso Johnny me apretó la pistola en el hígado y arruinó mi plan. Clark fue alumbrando el camino. Oí detrás al teniente:

—¿Qué pasó, Luchino?

—Creyó que se podría hacer el amo del coche… Le tuvimos que atizar.

—No pensé que tuviese tanto coraje. Le creía un tipo blando. Clark abrió otra puerta e hizo girar el conmutador de la luz.

Johnny seguía pegado a mí como si fuese mi hermano siamés, y lo que nos unía era precisamente la pistola.

En la sala sólo había una silla y unos cajones al fondo.

Yo no conocía aquel lugar, y pensé que era un inmueble de la nueva sociedad. Por su proximidad al muelle, deduje que quizá fuese el lugar elegido por el teniente Swanson para recibir sus drogas. Del techo pendía un hilo al final del cual había una bombilla con su correspondiente pantalla que arrojaba un haz de luz sobre el piso.

Clark cogió la silla y la puso justamente debajo de la pantalla.

—Anda, Red —dijo—. Siéntate. Debes estar muy cansado.

Johnny se separó de mí, sonriendo, y empezó a sopesar la pistola.

El teniente se apoyó en la pared y dio una larga chupada al cigarro. Soltó un gran chorro de humo. Entonces pensé en una cosa que hasta entonces me había pasado desapercibida. Si ellos me iban a matar, necesitaban mutilarme la cara para que nadie reconociese mi cadáver. Ése debía ser el plan. No podían exponerse siquiera a atarme una piedra al cuello. Swanson lo había dicho. Debían eliminar cualquier riesgo. A veces los tipos con piedras, al cuello se encuentran antes de que el agua y el barro hayan podido hacer su trabajo. Tenían que jugar sobre seguro. Dando por descontado eso, que me iban a destrozar la cara, cabía preguntarse si lo harían antes o después que yo muriese.

Eran cuatro contra mí y todos ellos estaban armados. ¿Qué podía hacer?

Di un paso, luego otro y finalmente me senté en la silla. Levanté un poco la cabeza y la luz me hirió en los ojos.

Miré al suelo. El silencio era espeso, profundo.

Relajé los músculos y compuse una mueca como si me

encontrase muy cansado.

—¿Y la chica? —preguntó de pronto Clark. Swanson retiró el cigarro de su boca.

—Me encargué de eso.

Sentí que la sangre me hervía en las venas.

—¿La traerán aquí también? —inquirió Clark otra vez.

—Sí. Vendrá aquí —contestó el teniente.

—¿Ahora?

Swanson consultó su reloj.

—No, ahora no —repuso—. Ella está trabajando en el Siroco. Un par de chicos la recogerán dentro de una hora, a la salida.

¡Una hora! Así pues, Mary Lloyd todavía era libre. Pero, transcurridos sesenta minutos, tampoco habría salvación para ella.

—Será mejor, entonces, que esperemos —dijo Clark.

—Está bien —asintió el teniente—. Yo también prefiero acabar con los dos de una vez. El rubio empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro.

—Infiernos, una hora es mucho tiempo —exclamó—. Nos vamos a aburrir mucho. —Miró a Luchino buscando su ayuda.

El ex boxeador hizo una mueca.

—Creo que Johnny tiene razón. Esto va a ser como estar en un panteón. Johnny y yo podemos meterle mano.

Clark y Swanson se miraron. Finalmente Clark dijo:

—Por mí no hay inconveniente.

El policía se encogió de hombros.

—Haced lo que queráis.

Los ojos de Luchino y los de Johnny brillaron como los de dos niños a quienes acabasen de regalar un juguete.

El rubio se relamió lentamente el labio inferior y me miró con los ojos muy abiertos. El tipo era un sádico. Maltratar a la gente era Su deporte favorito, algo que le gustaba más probablemente que ir por ahí con una mujer.

Eran dos buenos verdugos, un par de esquizofrénicos que debieran haber estado encerrados en un manicomio.

Echaron a andar los dos hacia mí al mismo tiempo.

Al dejar Luchino su lugar, vi una ventana. Estaba muy baja y pensé que probablemente daría al agua.

—¿Lo apuntas tú? —preguntó Johnny.

Luchino asintió con la cabeza y me mostró su pistola.

Johnny guardó la suya en la sobaquera y se quitó la chaqueta. Se registró los bolsillos y sacó una manopla de acero que tuvo cuidado en enseñarme bien. Tiró la chaqueta y se puso la manopla en la mana Soltó una risita.

—Tenías que haber visto las caras que yo he puesto con esta pieza. Recuerdo una vez en Nueva Orleáns… Fue hace cosa de seis meses. Era un negro, ¿sabes? Un maldito y apestoso negro. El muy canalla me pisó en la calle. Le sacudí fuerte durante un buen rato —rió más fuerte—. Al día siguiente me enteré por los periódicos. Al fulano lo habían tenido que internar en un hospital. Y lo mejor de todo es que oí hablar a dos tipos en un bar. Decían que me deberían dar una medalla, que se necesitaba mucha gente como yo para meter en cintura a los condenados negros.

Luchino lo coreó con una carcajada.

No habían tomado una precaución elemental. Para hacer una cosa como la que Johnny pretendía se requiere que la víctima esté atada. Y yo estaba libre. Golpeó el puño armado contra la palma de la otra mano y dio otro paso hacia mí. Justo se me puso a tiro. Me miré la punta de los zapatos y de pronto disparé mi pierna derecha contra su bajo vientre. Estaba en una posición forzada, pero reuní todas mis fuerzas. Di en el blanco. Me hubiese gustado ver la cara que ponía Johnny, pero Luchino estaba a mi derecha y él era el segundo tipo de quien me quería ocupar. Salté hacia arriba levantando el brazo, y justo cuando ponía los pies en el suelo lo cacé en el cuello con el canto de la mano.

Todo había sucedido muy rápidamente. Ninguno de los dos, Johnny y Luchino, habían caído todavía al suelo, pero eso sí, se estaban derrumbando.

Vi como el teniente Swanson lanzaba una exclamación mientras corría la mano hacia la sobaquera. Yo había medido el tiempo y sabía de antemano que nada podría hacer para evitar que aquel policía mal nacido me alojase una bala en el cuerpo. Observé por el rabillo del ojo que Clark, conforme a lo previsto, me contemplaba asombrado.

Sólo me quedaba realizar la segunda parte del plan. Eché a correr hacia la ventana y salté encogiendo la cabeza en el preciso momento en que el teniente hacía fuego con su revólver.

Capítulo VI

Mi cabeza y mis hombros chocaron contra el ventanal, el cual saltó como si fuera de cartón. Sentí que un vidrio me cortaba junto a la oreja y que otro me desgarraba la chaqueta, pero eso era bueno porque la bala no me había alcanzado.

Luego caí al agua, fuera de la casa. No fue una zambullida que me acreditase como un saltarín olímpico, pero eso no importaba ahora. Me sumergí cuanto pude y braceé, alejándome todo lo posible del almacén. Sabía que ellos tratarían de alcanzarme fuera como fuese, y yo primero tenía que salvar el pellejo para poder hacer algo por Mary Lloyd.

El recuerdo de la joven me dio nuevas fuerzas.

Cuando los oídos empezaron a zumbarme y a dolerme, salí a la superficie. Volví la cabeza. Llovía con más fuerza.

—¡Allí está! —gritó el teniente por el hueco de la ventana. Y me soltó otro pildorazo. Celebró que no tuviese puntería. Vi un poco más allá un muelle que sobresalía de una casa. La plataforma se cimentaba sobre pivotes que emergían del agua. Braceé vigorosamente y el almacén quedó a unas treinta yardas, pero de pronto me di cuenta de que aquello no era solución.

Los bastardos sólo tendrían que salir de la casa y correr un poco para acorralarme.’ Miró a mi alrededor, pero sólo vi agua. No tendría más remedio que subir y enfrentarme con ellos a pecho descubierto. Oí ruidos de carreras. Ya venían a por mí: Me apoyé en uno de los pivotes y salté, logrando alcanzar el borde de la plataforma. Me icé a pulso y respiré entrecortadamente. Observé la esquina por donde ellos tenían que aparecer y gateé silenciosamente.

Apoyé la espalda en la pared. El primero de ellos, no sabía quién, se había adelantado demasiado al segundo que venía detrás. Luchino pasó tan cerca de mí que podría haberlo tocado. Su rudimentaria mente no pensó que yo podía estar ya arriba. Su pistola brilló a la luz de la lima. Llegó al borde del muelle y se puso a mirar hacia abajo.

El otro estaba llegando ya.

—¡Déjamelo! —gritó y reconocí la voz de Johnny—. ¡Quiero ser yo quien le levante la tapa de los sesos!

Estaba a punto de pasar por la esquina cuando me arrojé hacia adelante. Sentí el golpe de sus mejillas contra mi costado y lanzó un grito cuando se desplomaba. Toqué el suelo y me volví rápidamente.

Johnny rodaba hacia el agua, como una pelota, y justo en esa dirección se encontraba Luchino. Éste tuvo que apartarse a un lado para evitar que su compañero lo despidiese de la plataforma. Entonces eché a correr otra vez hacia Luchino y me tendí en el aire hacia atrás. Al propio tiempo encogí las piernas y las disparé hacia adelante. Era un elemental ataque de *catch*. Luchino recibió el impacto en pleno tórax y salió lanzado hacia el mar. Johnny ya había desaparecido de la plataforma. Sus cuerpos golpearon contra el agua al tiempo que lanzaban sendos gritos.

Era una lástima que no hubiese podido apoderarme de alguna de sus armas, pero las cosas venían así. Di media vuelta rápidamente y eché a correr por el mismo camino que ellos habían traído. Mi objetivo estaba claro. Debía echar mano a uno de los coches.

Por fortuna para mí, Swanson y Clark habían confiado demasiado en la pareja de matones. Debían conocer bien aquel lugar y supusieron que yo no tendría ninguna probabilidad. Observé la puerta abierta del almacén, pero ninguno de los dos estaban allí. Vi los coches brillar a la izquierda. El corazón me galopaba dentro del pecho. Escuché perfectamente sus latidos.

Y de repente me acordé de que quizá ninguno de los dos automóviles tuviese la llave de contacto.

Johnny y Luchino armaban un escándalo de mil pares de diablos, soltando maldiciones. Era cuestión de muy pocos segundos que Swanson y Clark saliesen fuera, y naturalmente lo harían exhibiendo su artillería.

Abrí la puerta delantera del sedán y me colé dentro. No, no tenía puesta la llave de contacto.

Solté un buen juramento que hizo compañía a los de los matones. En ese momento vi aparecer la figura de Swanson en la puerta del almacén. Me agaché rápidamente y corrí al otro coche. Abrí la portezuela y me metí dentro. Swanson hizo un disparo y la bala pegó en el parabrisas, astillándolo.

Descubrí la llave de contacto en su sitio y me senté ante el volante. Puse el coche en marcha.

Swanson y Clark corrieron desde el almacén hacia el coche. Hice girar cuanto pude el volante y di la vuelta sobre dos ruedas, escuchando siniestros chirridos de metal y neumáticos.

Empezaron a tirotearme y yo deseé que no hiciesen blanco en una de las ruedas. Doblé otra vez y me encontré a salvo.

Respiré profundamente. Un poco más allá, miré en el tablero de instrumentos en busca de un arma, pero no la encontré. Como compensación cogí un paquete de cigarrillos. Consulté la hora. Habían pasado ya treinta minutos de los sesenta que Swanson había concedido a Mary Lloyd antes de que sus verdugos la atrapasen. Calculé que llegar al Siroco me llevaría unos veinte minutos. Todavía había diez a mi favor.

No tuve en cuenta las señales luminosas, ni la más elemental norma de circulación. El coche avanzaba disparado, como una centella, pero cuando llegué a las calles de mucho tránsito no tuve más remedio que aminorar la marcha. Salvé un par de embotellamientos conduciendo por callejas estrechas y solitarias, y por fin aparqué cerca del Siroco, aprovechando el hueco que dejó un automóvil que se marchaba.

Entré en el local sin corresponder al saludo que me dirigió el portero. Escuchó la orquesta y oí una voz.

Tuve la esperanza de que fuese Mary Lloyd interpretando una de sus canciones. Pero entré en la sala y dirigí una mirada a la pista. Me sentí decepcionado. No era ella. Caminó rápidamente hacia la puerta que daba acceso a los camerinos.

Había un gorila para espantar a los moscones. Iba a pasar ignorándolo cuando de pronto me detuvo poniéndome una mano en el pecho.

—¿Adónde va? —me preguntó con voz agria, mirando mi traje

mojado.

—Soy amigo de la señorita Lloyd.

—Y yo también. Ella tiene muchos amigos. Espérela en la barra.

—Tengo que verla ahora mismo.

—No sea terco, míster.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué varios billetes. Le tomé la mano y se los metí dentro. Hizo una mueca y una señal para que pasase.

Me interné por un corredor a cuyo lado derecho había puertas. Una, de éstas se abrió dando paso a una joven rubia que estaba por enseñar muchas cosas.

—¿Señorita Lloyd? —preguntó. Puso en mí sus ojos.

—¡Caramba! ¿Qué es lo que les da ella? Mary debe tener una buena lista.

—¿Dónde está? —Me impacienté.

—Llegó tarde, amigo… Oiga, usted es de los míos. Le gusta empaparse bajo la lluvia.

—Es muy importante, monada —le dije—. Necesito hablar con Mary ahora mismo.

—Pues búsquela por ahí, porque aquí seguro que no la encontrará.

—¿Cuándo se fue?

—Hará cosa de unos diez minutos.

Me humedecí el labio inferior. Quizá Mary se había marchado mucho antes de la hora acostumbrada, en cuyo caso habría evitado a los muchachos que Swanson le envió.

—¿Sola? —pregunté.

—Sí. Se disculpó con el jefe. Dijo que no se encontraba bien. Yo mismo la acompañé hasta la puerta de atrás —remachó la rubia.

—¿Había alguien esperándola esta vez?

—No. La vi alejarse sola.

Le di las gracias y abandoné el Siroco. Poco después me encontraba camino del apartamento de Mary Lloyd. Consumí el cigarrillo antes de poder estacionarme junto a la casa de las persianas azules. Casualmente había una pareja de enamorados a la puerta. Se estaban despidiendo. Pasé por su lado sin saludar para no interrumpirles. Subí los peldaños de dos en dos y apreté el timbre de Mary. Dejé transcurrir cinco segundos y llamé otra vez. Conté

hasta diez e hice girar el tirador. La puerta se abrió. El *living* estaba iluminado. Me quedé tenso.

—Mary —llamé.

No hubo respuesta.

—Mary.

Entré como un huracán. Si alguien hubiese estado allí esperándome, me habría baleado con suma facilidad.

Abrí un dormitorio. No había nadie. Me disponía a abrir la puerta del siguiente, cuando salió de él la pelirroja que había conocido aquella mañana en el corredor. Se cubría con una bata que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel.

—Hola, muchacho —me saludó y se desperezó apoyándose en el vano de la puerta.

—¿Y Mary? —pregunté.

—¿Mary? Oh, sí. Usted es el de esta mañana, el de las gafas negras. Caramba, se pegó un buen remojón por venir a verla.

—¿No ha vuelto Mary? —insistí.

—No, pero no debe tardar en llegar. Deseé que no se equivocase.

—¿Acostumbra a venir directamente aquí?

—Ella sí. No es de las que aceptan invitaciones de noche. Saqué el paquete de cigarrillos y encendí.

—¿No me da uno? —preguntó ella con un brazo en jarras.

Le di mi pitillo y encendí otro. Luego me puse a pasear nerviosamente por el *living*.

Ella dejó la puerta de su dormitorio abierta y se acercó al mueble bar.

—Le vendrá bien un trago —sugirió—. Quizá eso le salve de pescar un resfriado.

Asentí con la cabeza. Vino hacia mí y me ofreció el vaso. Bebí un trago y ella dijo con la cabeza ladeada:

—Usted es un tipo alto —me midió de pies a cabeza, cosa que ya había hecho anteriormente—. Sí, señor. Muy alto.

Yo no tenía nada que decir a eso y guardé silencio. Se humedeció el labio inferior con la punta de la rosada lengua.

—Debe medir lo menos un metro ochenta.

—Es posible —dije, y consulté mi reloj. Había pasado media hora desde que estuve en el Siroco con lo cual habían quedado pulverizados los sesenta minutos de libertad que Swanson concedió

a Mary.

—Siempre me han gustado los tipos altos —dijo la pelirroja.

—¿Está segura de que ella no habrá ido a casa de otra amiga?

—No, desde luego.

Me acerqué a la ventana y miré fuera. Ahora llovía con más fuerza. De pronto sentí que la joven me pellizcaba el brazo. Casi me hizo daño y giré hacia ella.

—Y también es muy fuerte —murmuró.

—Oiga, nena, ¿por qué no se sienta y piensa en la familia que dejó en el pueblo?

Puso unos ojos como platos y de pronto se echó a reír. Primero lo hizo suavemente y luego soltó una carcajada llevándose una mano a la boca.

—Caramba. Es un chiste. Usted es un tipo muy gracioso. Sí, señor. Es la mar de gracioso.

La compañera de Mary Lloyd era muy hermosa, pero al parecer sus temas de conversación resultaban muy limitados.

Miré el teléfono. Debía llamar a la policía. Eso sería la solución de todo. Les diría quién era *y*…

Recordé que yo estaba muerto. A excepción de Mary, sólo un grupo de malditos estaba al corriente de lo que pasaba. Suponiendo que Mary hubiese caído en manos de los tres socios, ¿qué porvenir tendría ella? Lo vi claro.

No le harían daño de momento. No tendrían más remedio que esperar a que yo me pusiese en contacto con ellos. Mary era un buen naipe para la pandilla y no lo jugarían más que en el momento preciso.

Si hacía intervenir a la policía en el asunto, yo mismo cavaría la fosa de Mary. Era muy probable que la matasen como acto de venganza.

De repente pensé en algo y me maldije interiormente. Quizá los dos muchachos encargados de secuestrarla se cansaron de esperarla y la llamaron por teléfono, sacándola fuera con cualquier pretexto. Quizá hasta utilizaron mi nombre y ella había alegado la súbita enfermedad para despedirse del local por aquella noche.

Llegado a esta conclusión, me dirigí resueltamente hacia la puerta.

—¿Adónde va? —me preguntó la pelirroja. Volví la cabeza

desde el umbral.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté a mi vez.

—Sonia.

—Está bien, Sonia. Si viene Mary le vas a dar un encargo.

—¿Cuál?

—Que no se quede aquí. Que salga rápidamente y vaya al Precinto de policía más cercano.

—¿Policía? —Compuso una mueca de asombro. Salí fuera, cerrando a mis espaldas.

Veinte minutos más tarde tenía en mi poder lo que yo necesitaba. Una pistola. Fui derecho a mi apartamento por ella. Allí me cambié de ropa, guardé el arma en un bolsillo interior y por último telefoneé al apartamento de Mary. Reconocí la voz de Sonia. Le pregunté si Mary había llegado y me contestó que ella continuaba sola. Bien, ya no podía tener ninguna duda. Sabía dónde ir.

Faltaban catorce minutos para las once cuando pulsé el timbre del apartamento de Lynn. Me abrió ella misma y se quedó más sorprendida aún que cuando me había visto a primera hora de la tarde.

—Hola, ricura —le dije—. ¿Me has echado de menos?

Eran exactamente las mismas palabras que le solía dedicar cada vez que llegaba. Una especie de fórmula tradicional.

Comprimió los labios y su pecho se agitó. Me odiaba, pero seguía siendo hermosa. Se cubría con un pijama color verde que hacía juego con sus ojos.

—Logré escapar —le dije.

—Lo sé desde hace un rato —repuso—. Clark me llamó.

—¿No me vas a dejar que pase?

—Quizá no te convenga. Ellos pueden venir.

—Será el último sitio donde busquen. Ellos son muchos, nena, pero no tienen cabeza. Fue tu mala jugada, unirte a una pandilla de locos.

Entrecerró los ojos y finalmente asintió. Se separó del hueco de la puerta y yo entré. Echó a andar hacia el *living* con un ligero contoneo. Cerré la puerta y fui tras ella. Me di mucha prisa para alcanzarla.

Justo llegó al borde del diván y de pronto se agachó y levantó

un almohadón. Se movió rápidamente, pero yo lo fui mucho más que ella y le atrapé la muñeca cuya mano esgrimía una pistola pequeñita, pero que servía para arrojar buenas balas.

Le eché el brazo atrás y nuestras caras quedaron muy juntas.

Me miró con las pupilas muy brillantes. Sentí la cálida tibieza de su cuerpo y el perfume que de él emanaba, pero ahora no me turbó como otras veces.

—Me haces daño, Red.

—¿Sí?

Se quedó con los labios entreabiertos y yo supe que me provocaba para que la besase. Le rocé la boca con la mía pero no la besé.

De repente le di un fuerte tirón en la mano armada y emitió un grito dejando caer la pistola sobre la alfombra.

Empezó a soltar una maldición, pero se la interrumpí porque la lancé contra el diván. Rebotó allí y cayó al suelo, la rubia cabellera sobre los ojos. Recogí su automática y la guardé en el bolsillo. Podía hacerme falta también.

CAPÍTULO VII

—¡Te arrepentirás de esto, Red! —chilló Lynn echando los cabellos hacia atrás con un rápido movimiento de la cabeza.

—Sí, nena, me voy a arrepentir mucho, pero cuando esto acabe quizá tú no puedas decir lo mismo.

Me sonrió desde el suelo.

—Estás perdido, Red.

—Por ahora estoy libre.

—Pero has regresado y lo haces por ella, ¿verdad, Red? Lo haces por Mary Lloyd.

—Supón que sí.

—Es gracioso. Tú poniendo en peligro tu vida por una mujer. Resulta que también estabas enamorado de ella.

—No, Lynn. Ni siquiera recordé a Mary Lloyd en los últimos seis meses. Fuiste tú la que acaparaste todos mis pensamientos.

Levantó la barbilla triunfalmente.

—Y me continúas queriendo —dijo.

—No, nena. En eso también te equivocas. Ahora ya sé lo que podía esperar de ti. Tú misma has quitado la venda de mis ojos.

—¿Estás seguro?

Se levantó con movimientos perezosos, felinos, imprimiendo a su cuerpo ondulaciones que hacían resaltar sus curvas. Luego caminó hacia mí. Era la vivida imagen de la tentación. Se detuvo a mi lado, muy cerca, y ambos respiramos el mismo aire. Pasó su brazo por encima de mi hombro y su mano se detuvo sobre mi nuca. Sus dedos penetraron por entre mis cabellos y me acariciaron. Entreabrió la boca.

—Bésame, Red.

Observé su rostro muy fijamente. En otro tiempo no habría

sabido escapar a su fascinación, pero ahora habían cambiado mucho las cosas. Una muchacha a quien yo apenas había concedido importancia estaba en peligro de morir y yo era el culpable de su muerte.

Con mi boca casi junto a la suya, ella a la espera de que fuese yo quien las uniese, murmuré:

—Eres un hermoso reptil, nena. Sólo eso. Y yo aborrezco todos los bichos por muy bello que sea su exterior.

Se apartó de mí como si la hubiese quemado. Sus pupilas relampaguearon y estremeciéronse sus senos.

—¡Maldito bastardo! —chilló.

—Si has acabado con la representación, me vas a escuchar, ricura.

—¡No tienes nada que decirme!

—Es lo que tú crees. Vas a llamar ahora mismo al jefe. Supongo que será Swanson. Necesito echar una parrafada con él.

—No lo haré.

—Está bien, nena. No lo hagas, pero entonces va a ser peor para vosotros.

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Me iré derecho de aquí a la policía. Les contaré toda mi histeria. Es posible que tus amigos maten a Mary Lloyd, pero eso será vuestra ruina. Tú misma no me dejas hacer más. Pensé que quizá os podría interesar un cambio. Mary Lloyd por mí.

Sopesó mi sugerencia durante un rato. Finalmente se sentó en el diván y descolgó el auricular que había sobre la mesa. Me fijé en los números que marcaba y los grabé en mi mente para el caso de que me hiciera falta más tarde.

Esperó unos segundos.

—¿Frank? —dijo—. Aquí Lynn. Me acaba de hacer una visita. Lo tengo delante de mí. Dile que quiero hablar con él —murmuré.

—Ha hecho una oferta muy razonable —anunció Lynn por el micro—. El te la dirá. Me alargó el auricular y yo lo tomé.

—¿Swanson?

—¡Caramba, muchacho! —Oí que decía el teniente—. Te marchaste con demasiada prisa.

—Vuestra reunión no me interesaba.

—Pero has cambiado de opinión, ¿verdad, Bed? ¿Con quién se

pasa mejor que con los amigos? —rió cínicamente.

—Está bien, Frank. ¿Dónde está Mary Lloyd?

—Oh, supongo que te referirás a cierta vocalista que trabaja en el Siroco.

—¡Maldito seas! Sabes a quién me refiero.

—No te enfades, muchacho. Pensé que ella nos podía alegrar un poco con su voz y la invité a la velada.

—¿Está ahí, contigo?

—Claro que sí, pero todavía no ha empezado la fiesta. Faltabas tú y te aseguro que la chica está muy triste. En cuanto llegues se sentirá mejor.

—Dile que se ponga. Quiero hablarle.

—¿Por qué, muchacho?

—Quiero cerciorarme de que es ella.

Me llegó su sarcástica risita desde el otro extremo de la línea.

—Está bien, Red —dijo—. ¡Eh, muchacha…! El amor te llama.

Le dediqué mis peores juramentos, pero me interrumpí al escuchar la voz inconfundible de Mary Lloyd.

—¿Red…? No le haga caso… Usted está bien donde está.

—¿Te han hecho daño, Mary?

—No, Red… Me trajeron engañada. Me llamaron al Siroco diciéndome que usted me necesitaba.

—Escucha, Mary. Muy pronto vas a ser libre. Yo me ocuparé de eso.

—No, Red, no lo haga.

—Yo iré ahí para ocupar tu lugar.

—No cumplirán su palabra, Red… Nos quieren muertos a los dos. De pronto le quitaron el teléfono y volvió a hablar Swanson.

—¿Red…? La chica está un poco asustada.

—No, Frank. Sé que ella tiene mucho valor. Dijo la verdad. Sólo hizo que repetir tus propias ideas. Ella fue condenada, desde el momento en que la visité antes que a vosotros.

—He cambiado de opinión respecto al problema.

—Eres un condenado embustero.

Te aseguro que es cierto, Red. No necesitamos ultimar a la chica, y si tú estás dispuesto al sacrificio, ella podrá dormir esta noche en su propia cama.

—Explícame con un poco más de detalle esa modificación del

plan.

—Resulta la mar de sencillo. Yo no había caído en ello. Para todo el mundo tú estás muerto. Sé que no se lo habrás dicho a nadie más. Desde el muelle debiste marchar al Siroco y en cuanto comprobaste que ella no estaba allí te dijiste a ti mismo que no debías hacer nada porque sólo adelantarías la muerte de Mary Lloyd.

—Continúa, Frank.

—Como iba diciendo, tú eres un cadáver y necesitamos que sigas debajo de tierra. Naturalmente te tendremos que meter dentro del hoyo. Mary Lloyd sabe que estás vivo, que el tipo que murió en el coche no eras tú, pero cuando estés fuera de la circulación, ¿quién le va a hacer caso? No tendrá ninguna prueba. Absolutamente ninguna para demostrar su historia. Y yo sé lo que va a pasar. La tomarán por loca. ¿Te das cuenta? Así las cosas, Mary Lloyd guardará silencio. Quedaremos bien a cubierto de ella.

Parecía razonable y no tenía dónde elegir.

—De acuerdo, Frank. Regresaré a ese muelle.

—¡Oh, no! —dijo Swanson—. Ya no estamos allí. Tuvimos que desalojar aquel lugar cuando te marchaste tú, en previsión de que en un arrebato te dirigieses a la policía antes de ir al Siroco. Has de ir a otro sitio.

—¿Dónde?

—No te preocupes. Lynn se encargará de traerte. Dile que se ponga ella. Trasladé el micro a Lynn y escuché.

—Sí, Frank… Nos ponemos en camino ahora mismo —colgó y me dirigió una mirada—. Espérame, héroe. Sólo el tiempo indispensable para vestirme.

Se metió en el dormitorio y yo paseé fumando un cigarrillo.

Apareció otra vez cubriéndose con un suéter amarillo, de escote redondo, que dejaba ver mucha piel del color del caramelo. Completaba su atuendo con una falda negra, muy ceñida a las caderas y zapatos de tacones altos. Vio como yo la miraba y dijo:

—Perdiste tu oportunidad, Red.

—No la tuve nunca contigo.

—Si me hubieses abrazado antes, quizá habrían cambiado las cosas. Soy una mujer muy impulsiva, y por un momento pensé que eras mucho mejor que Clark.

—No perdamos el tiempo. Entre tú y yo no puede existir ya un acuerdo.

Se echó sobre los hombros un abrigo de entretiempo y abandonamos la casa.

Llegamos al coche que yo había robado a Swanson y Lynn se puso al volante, sentándome yo a su lado. Empezamos a correr por las calles mojadas.

Yo tenía encima de mí dos pistolas, pero Lynn conocía la existencia de una de ellas. Pensé que no me iban a servir de mucho.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Ya lo sabrás cuando lleguemos —respondió con voz divertida.

Salimos de Nueva York siguiendo la pista que conduce a Filadelfia, pero unas millas más allá torcimos por un camino vecinal. Empezó a llover otra vez. La noche era muy oscura. El camino nos condujo a un portón que estaba abierto. Recorrimos un camino de grava con árboles a ambos lados. Finalmente el coche trazó una curva y se detuvo ante una gran escalera. Al fondo había una casa con algunas ventanas iluminadas.

Vi al teniente Swanson al pie de la escalinata. Dos tipos lo flanqueaban. Les eché una ojeada y comprobé que no conocía a ninguno de ellos. Eran muy altos, de constitución robusta.

Pensé en lo que ocurriría si saltaba del coche con la pistola en la mano. Pero deduje fácilmente que Swanson habría tomado todas las precauciones y que Mary Lloyd pagaría por mí.

Descendí del coche mientras lo hacía Lynn por el otro lado.

El teniente se acercó, pero los tipos se quedaron donde estaban. Se detuvo ante mí y su rostro feo sonrió.

—Caramba, Jimmy, tienes buen aspecto —dijo. Yo no era Jimmy. Naturalmente era Red Norton.

—¿Qué te pasa, teniente? ¿Bebiste más de la cuenta? Siguió sonriendo.

—Aquí vas a tener muchos amigos, muchacho, y te sentirás mejor en poco tiempo. Pensé que no me sentiría nada bien a unos palmos bajo tierra.

—Pías, otro chiste, teniente —murmuré con una mueca.

Hizo una señal con la cabeza y los dos tipos fornidos se pusieron en marcha. Cada uno vino por un lado, y se quedaron inmóviles mirándome. Eran dos buenos mozos.

—¿Dónde los amaestraste, Frank? —pregunté.

—Son grandes chicos —respondió Swanson—. Vas a pasar con ellos un buen rato, Jimmy.

Imaginó qué clase de rato iba a pasar.

—¿Dónde está Mary? —pregunté. Ella era lo que me interesaba.

—Arriba, naturalmente. Esperándote.

—Quiero verla antes.

—Claro que sí, Jimmy. Nadie te lo va a impedir. Ahora estás entre amigos. Mis dos guardias de corps me cogieron del brazo al mismo tiempo.

—¡Suéltenme! —grité dando un tirón. Pero no sirvió de nada. Sus manos eran garras. Frank metió las manos en mis bolsillos y se apoderó de mis dos pistolas. Me observó otra vez sonriente.

—Oh, Jimmy —dijo con voz de falsete—. Esto no es un salón de tiro al blanco. No debieras haber traído estos chismes.

Se volvió y echó a andar. Lynn fue con él.

Los dos muchachos que me sujetaban me impulsaron hacia adelante. Empecé a mover las piernas. Subimos la escalera y cruzamos una puerta. Me quedé asombrado al ver un gran vestíbulo a uno de cuyos lados había un registro. Detrás de éste estaba una enfermera.

¡Cielos! ¡Aquello era un hospital o algo parecido! El teniente y Lynn se detuvieron ante la mujer.

—Acaba de llegar —dijo Frank.

La enfermera me miró y luego dijo:

—Habitación número treinta y cuatro… Usted es la esposa, ¿verdad? Se estaba dirigiendo a Lynn.

—Sí —dijo mi muñeca rubia, y bajó la mirada como si tuviese vergüenza de confesar que estaba casada conmigo—. Lo tratarán bien, ¿verdad, señorita?

—Descuide, señora. Tendrá una asistencia adecuada en todo momento.

A pesar de mi perplejidad estuve a punto de soltar una carcajada.

—Eh, oiga —dije a la mujer—. ¿Qué es lo que están cocinando entre ustedes?

Y de pronto se hizo una luz en mi cerebro. Sumé todo. Aquellos dos tipos que me tenían agarrado. El tratamiento adecuado. Aposté

a que me estaban considerando como un loco.

—¡No soy ningún perturbado! —exclamé—. ¡La están engañando, señorita…! ¡Quieren liquidarme!

La enfermera me dirigió una mirada triste y repitió:

—Habitación treinta y cuatro.

No iba a adelantar nada con seguir protestando y dejé que me condujesen a un ascensor. Mientras subíamos miré a Frank.

—¿Qué táctica es ésta, teniente? Volvió hacia mí su rostro bulboso.

—Ten un poco de paciencia, Jimmy.

—¡Maldito seas! ¿Por qué no me llamas por mi nombre? He accedido a todo. Vengo aquí como una res al matadero. ¿Por qué no has de hacerlo todo sencillo, sin complicaciones?

No me contestó.

Salimos fuera y uno de los gorilas abrió la puerta con la mano libre.

Vi una habitación con una cama. Sólo eso. No había absolutamente nada más. Bueno, me olvido de la ventana, Estaba arriba y era pequeña. La habían protegido con gruesos barrotes.

Lynn cerró a mis espaldas y los dos muchachos me dejaron entonces en libertad. Me volví hacia Frank.

—¿Has olvidado que quiero ver a Mary?

—Ya la verás en otro momento.

—¿Cuándo?

—Mañana quizá.

Sentí que me latían las sienes con violencia.

—Ha de ser ahora. Fue lo pactado. Ella por mí. Y Mary ha de quedar inmediatamente libre.

—No podemos soltarla, muchacho. Ella empeoró des de que habló contigo.

—¿Qué es eso de que empeoró?

—Se ha puesto a dar gritos diciendo cosas extrañas. Imagínate. Asegura que un tipo llamado Red Norton está vivo.

—¡Sapo inmundo! —grité, y me lancé sobre él.

Retrocedió un paso, pero conseguí aferrarlo por el cuello. Empecé a apretar con todas mis fuerzas y fue maravilloso ver como sus ojos se desorbitaban y su boca se abría dejando ver un gran trozo de lengua.

En eso cayó un martillo pilón sobre mi hombro derecho y las fuerzas empezaron a abandonarme. Repitieron el golpe en la espalda y tuve que dejar libre al teniente porque sentí curiosidad por ver qué clase de arma estaban empleando conmigo. Pero estaba equivocado, Los dos muchachos sólo hacían valer sus puños. Aquellos malditos me querían reducir a astillas.

Les quise demostrar que yo tampoco era manco. Hundí la mano en uno de los estómagos que tenía delante. Atrapé un pedazo de carne y lo retorcí como si fuese goma. Oí un aullido de dolor y me pareció tan hermoso como un trino de la María Callas. Luego propiné un patadón al otro y sentí que tocaba hueso. Eso fue mi perdición. Mi ofensiva los puso iracundos y entonces me demostraron que estaban precisamente ejercitando su oficio. Un puño se aplastó contra mi hígado y otro me alcanzó junto a uña oreja. Sentí náuseas, deseos de vomitar, y me arqueé boqueante.

En esa posición me atizaron en, la nuca y vi como el suelo se acercaba a mi cara a una velocidad endiablada. Ni siquiera intenté poner las manos para evitar el golpe. Me estrellé y todo se volvió negro. Pero ni aun así terminó mi tormento. Me di cuenta de que me estaban pateando y eso fue como si me metieran en un embudo de triturar carne.

Perdí el sentido.

Capítulo III

Abrí los párpados mucho después. Estaba tendido en la cama, Me dolía todo el cuerpo y sentí la hinchazón de la cara. Quise mover un brazo, pero no pude, Pensé que lo tendría dislocado. Bien; movería el otro. Pero tampoco dio resultado. Entonces me di cuenta de lo que pasaba.

Me habían puesto una camisa de fuerza. De mi pecho escapó un hondo gemido.

Ahora sí que estaba cazado. Podía decir adiós a mi última esperanza. Aquellos condenados sabían hacer las cosas bien.

Pensé en Mary Lloyd.

¿Qué sería de ella? Swanson había dicho que también estaba allí. ¿Qué clase de trato le habrían dado? Me mordí el labio hasta sentir otra vez el sabor acre de la sangre.

Forcejeé con todas mis fuerzas, como si efectivamente fuese un loco, pero no conseguí nada.

Miré hacia la ventana. Seguía siendo de noche. Habían dejado una luz encendida, justo tina bombilla que había encima de mi cabecera. Formaba parte del tormento. Apenas podía tener los ojos abiertos. La luz me hería de pleno y tenía que cerrarlos constantemente.

Recordé las palabras de la enfermera: «Tendrá el tratamiento adecuado». Pedí al cielo que me concediese la oportunidad de enfrentarme uno a uno con aquellos bastardos.

En esto oí ruido de pasos cerca de la puerta y ésta se abrió.

Entraron en la habitación dos hombres. El primero era uno de los tipos que me habían apaleado, pero al otro no lo había visto anteriormente. Se cubría también con una bata blanca. Estaba por los treinta y cinco años de edad, y era alto, delgado, de bigote

recortado y ojos que defendía con gruesas gafas.

El gorila dijo:

—Está muy excitado, doctor O’Brien. Tim y yo tuvimos que emplearnos a fondo con él.

El doctor O’Brien se acercó a mí y me miró con los ojos fruncidos.

—¿Qué tal se encuentra, señor Goodis?

—¿Es usted de aquí, doctor O’Brien? —le pregunté a mi vez.

—Sí.

—Pues escuche esto. Me trajeron aquí engañado. Mi nombre no es Goodis. Soy Red Norton.

Me miró más fijamente e hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Claro que sí. Usted es Red Norton —murmuró. No me gustó el tono de su voz.

—Soy objeto de una confabulación, doctor O’Brien —dije rápidamente—. Es posible que todos los días se encuentre usted con casos de tipos que se creen Martín Lutero o Napoleón… Pero yo no soy de ésos. Sólo me creo… quiero decir que soy Red Norton.

—Usted necesita descansar. Era el mismo disco de antes.

—Por favor, doctor O’Brien —supliqué—. Hay aquí una joven que tampoco está loca. Se llama Mary Lloyd.

—¿Mary Lloyd? —repitió.

—La trajeron antes que a mí.

El doctor O’Brien giró la cabeza hacia el enfermero.

—¿Conoce a esa Mary Lloyd?

—No, doctor. No tenemos a ninguna mujer de ese nombre.

—¡Está mintiendo! —grité—. ¡Lo compraron también a él!

El doctor
O’Brien
sacudió la cabeza.

—Vamos, cálmese, señor Goodis.

—¡Le repito que no soy Goodis! ¡Y quiero ver a Mary Lloyd! El enfermero dijo:

—No hace más que repetir eso, doctor
O’Brien.
«Quiero ver a Mary Lloyd». Su esposa nos habló del caso. Esa muchacha Mary Lloyd era una sobrina del señor Goodis que murió en un accidente de aviación hace cosa de tres semanas. El señor Goodis quería mucho a su sobrina y la muerte de ella le afectó mucho… Empezó a hacer cosas raras y aquí está. Ahora cree que Mary Lloyd no está muerta y que unos hombres la raptaron. Cuando la señora Goodis trajo a su marido hace cosa de una hora, Tim y yo encontramos dos pistolas en los bolsillos del señor Goodis.

Solté una retahíla de maldiciones y, cuando agoté el repertorio, exclamé:

—¡Nunca tuve una sobrina, doctor
O’Brien…!
Es la maldita historia que ha inventado esa gentuza.

—Escuche, señor Goodis. Yo soy solamente el médico de guardia. El doctor Joffe lo asistirá a usted mañana. Entretanto, le dará algo para que pueda dormir tranquilo.

Hizo una señal al enfermero, y éste se volvió, saliendo un memento de la habitación. Trajo una mesa rodante.

Yo estaba traspirando sudor por todos mis poros.

Vi como el doctor
O’Brien
se agachaba y al levantarse descubrí una jeringuilla en su mano derecha.

—¿Qué es lo que va a hacer, doctor? —pregunté.

—No se preocupe, no es nada malo.

—¡No quiero que me ponga eso! ¡No lo necesito!

—Será cuestión de unos segundos… ¡Enfermero!

El condenado gorila vino hacia mí y me dio la vuelta. Traté de gritar pero mi voz quedó ahogada en el almohadón.

El doctor

O’Brien
cumplió la misión que se había impuesto. Oí su voz lejana.

—Si ocurre algo me llama, Douglas.

—Descuide, doctor.

La puerta se cerró. Traté de ponerme de costado, pero mis músculos se negaron a obedecer el mandato de mi cerebro.

Otra vez me acometieron las náuseas, y los oídos empezaren a zumbarme. Pero ahora no estaba sumergido en el agua. Me estaba durmiendo o quizá sería algo peor que eso. Yo no sabía lo que había en la jeringuilla. Ni siquiera podía confiar en que aquel doctor
O’Brien
estuviese fuera de aquella pandilla de desalmados. Quizá él era un miembro más, y, como tal, había entrado allí para liquidarme en silencio. Era una buena idea después de todo. Luchino y Johnny empleaban armas demasiado ruidosas. Eso debía ser.

Pensé en Mary Lloyd. ¡Malditos fuesen todos! Al menos podían haber permitido que yo la viese. Sólo eso. Me conformaba con poco.

Le hubiese dicho que yo sólo era un estúpido por no haberme fijado en ella. Hasta es posible que la hubiese besado. Y eso habría sido algo muy reconfortante antes de emprender el último viaje.

Un gran frío empezó a adueñarse de todo mi cuerpo. Mis dientes castañetearon. Estaba claro. Muy pronto el corazón me dejaría de latir. Se aproximaba el final. Sentía deseos de reír. Yo era un tipo único en el mundo. Había tenido mi funeral por adelantado. ¿A quién le había ocurrido otro tanto? Los periódicos habían publicado mi muerte, y ahora que iba a morir de verdad, nadie se enteraría. Bueno; sólo una pandilla de hijos de perra.

Y de pronto ya no pensé nada y tuve la impresión de que caía por un pozo negro insondable.

Estuve cayendo mucho rato, un siglo o dos.

Y de pronto en aquella oscuridad oí una voz.

Quizá había sido una suposición mía, pero esto mismo significaba que todavía continuaba vivo.

Traté de prestar atención. Los sonidos formaron palabras, y aunque las primeras pasaron muy lentamente por mi cerebro, finalmente empezaron a fijarse.

—Ha sido otra vez, Ronald. Ese loco homicida… Se escapó cuando le iban a poner la hipodérmica, Logró dejar sin sentido al

doctor y luego propinó un puñetazo al enfermero.

—Te lo advertí ya una vez, Tim. Teníamos que haber matado a ese tipo. ¿Quién lo iba a sentir? Le habríamos hecho un favor a sus familiares y otro a nosotros mismos.

—Lo peor de todo es que esta vez ha conseguido un cuchillo.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

—Se dejó caer por la cocina. Ana lo vio y se desmayó antes de que pudiera tocar el timbre de alarma. Cuando recobró el conocimiento se dio cuenta de que faltaba un cuchillo, justo uno de los más grandes. El doctor
O'Brien
ha dicho que nos dediquemos a su captura.

—Yo no.

—Tú también, Douglas. El trabajo lo hemos de hacer entre todos.

—¡Infiernos! A estas horas ese Ronald puede estar muy lejos de aquí. Que avisen a la policía. Es cuestión suya.

—Antes hemos de cerciorarnos de que no está en la casa. Hubo un silencio y luego el llamado Douglas rezongó:

—Está bien. Cualquier día voy a mandar al diablo esta maldita casa de locos. Oí pasos y poco después la puerta se cerró.

Quedé solo en la celda. El escuchar aquel diálogo me había dado ánimos. Lo había entendido todo, y eso quería decir que mi cerebro funcionaba a la perfección. Tal como yo me encontraba, indefenso, era un triste consuelo.

Se me habían entumecido los músculos. Continuaba boca abajo, las manos atrás. Decidí probar a cambiar de posición. Si lo lograba también sería bueno. Respiré profundamente y cargué todo el peso del cuerpo hacia un lado. Sentí que me movía unas pulgadas. Otro esfuerzo, Red. Un poco más y lo habrás conseguido.

Me quedé de perfil y luego me vencí hacia la derecha apoyándome en los talones. La bombilla de arriba seguía encendida, pero ahora me alegró verla.

Inspiré otra vez y me dolieron los pulmones.

Escuché. Todo era silencio.

Mary Lloyd… Mary Lloyd… Mary Lloyd…

Cielo, cuánto hubiese dado por estar un minuto con ella. Sesenta segundos.

De pronto la puerta se abrió de golpe y se cerró. Oí unos pasos junto a la pared del fondo.

Ya estaban allí otra vez los verdugos. O quizá esta vez, sólo fuese uno.

Aquella maldita luz no me dejaba ver con claridad. Era demasiado potente. Moví la cabeza y entonces lo vi.

Apoyaba la cabeza y la espalda en la pared.

Podía tener cincuenta años de edad, y juro que era el único rostro simpático que había encontrado desde que entré en aquella casa. Sus rasgos fisonómicos eran apacibles.

Se cubría con una bata blanca. Sus ojos se fijaron en los míos.

—¿Qué tal? —me preguntó—. ¿Cómo se encuentra?

—No del todo bien.

—¡Ajá! Le hicieron daño, ¿eh?

—Sí, pero ¿quién es usted?

Dio unos pasos hacia el lecho, sonriéndome.

—Soy el doctor Joffe.

Recordé que el doctor
O'Brien
se había referido a Joffe como el doctor que debía estudiar mi caso.

—Celebro que haya venido, doctor —le dije—. Creo que sus hombres han cometido un fabuloso error conmigo.

—¿Sí?

—Bueno, en realidad no se trata de un error. Soy víctima de un complot, doctor. Ladeó la cabeza.

—Vaya, vaya —murmuró.

El tampoco me iba a creer. Cerré los párpados y los abrí luego. Quizá si me armaba de paciencia y ordenaba un poco mis ideas podría convencerle, o al menos llevar la duda a su ánimo.

Le conté mi caso, desde el principio al fin. Sin quitar ni poner nada. Tuve la impresión de que me salía un relato bastante objetivo. El doctor Joffe me escuchó atentamente, ni una sola vez me interrumpió, y tan sólo de vez en cuando cabeceó en sentido afirmativo.

Luego que lo dije todo, me quedé esperando emocionadamente su veredicto.

—El mundo es malo, señor Norton.

Sentí un gran júbilo. Me acababa de llamar por mi nombre.

—Entonces… —dije con voz ronca—. ¿Usted me cree, doctor?

—Desde luego, hijo mío. Usted es una víctima más de las circunstancias.

Si no me hubiesen dolido tanto los ojos, me habría echado a llorar como un niño.

—¿Me va a sacar de aquí, doctor? —pregunté.

—Sí.

—Repítalo, por favor, con todas las palabras.

—Va a quedar libre.

—Usted es grande, doctor. Pídamelo y soy capaz de ir a Times Square a gritar su nombre durante las veinticuatro horas del día.

—Eso no le va a hacer falta. No me gusta que me agradezcan los favores.

—Me va a hacer uno mucho más grande.

—¿Cuál? —preguntó el doctor.

—Hemos de sacar de aquí también a Mary Lloyd.

—Cuente con ello.

—Usted es un santo, doctor. Pero dese prisa. Quizá haya personas en esta casa que no estén conformes con su decisión. Arránqueme esta maldita camisa de fuerza.

Se quedó quieto mirándome, como un padre miraría el sueño de su más pequeño retoño.

—Voy a procurar su bien, señor Norton —murmuró—. Le voy a librar de una vez de sus perseguidores.

Cielos, aquel doctor Joffe era un verdadero ángel llegado en una nube. Pero de pronto interrumpí mis pensamientos. Todo el rato había estado con las manos atrás, en la espalda. Y ahora mostró la derecha. No estaba vacía. Sus cinco dedos se agarrotaban sobre el mango de un cuchillo de hoja reluciente, grande, ancha, muy puntiaguda por el final.

Capítulo IX

Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies.

—¿Qué hace con eso, doctor Joffe? —pregunté balbuceante. No me contestó.

Poco a poco su rostro fue cambiando. Los ojos pequeños se agrandaron y apareció un nuevo brillo en ellos. Su boca se abrió y vi entre los dientes una espuma desagradable.

—Lo voy a ayudar, señor Norton —murmuró sin apenas mover los labios—. No volverá a ser perseguido. No vale la, pena vivir en este mundo y yo le voy a procurar la salida de él.

Empezó a levantar el cuchillo.

—Oiga, usted no es el doctor Joffe, es ése…

Lo era, naturalmente; se llamaba Ronald y se había escapado después de tumbar al doctor y al enfermero. Luego dejó sin conocimiento a Ana y se llevó de la cocina un gran cuchillo. Era la historia que yo había escuchado. Todos estaban detrás de él, pero se les había escabullido. Y, entre, quizá, cien habitaciones de aquel establecimiento de desequilibrados había elegido justamente la mía para esconderse. Era mi perra suerte.

—Cálmese —le dije—. No tiene que hacer eso, Ronald —lo llamé por su nombre.

—Usted me necesita, señor Norton.

—Sí, pero ahora pienso que lo podemos dejar para otro día.

—No, señor Norton. Ésta es su gran oportunidad. Dejará de sufrir.

—Oiga, no hay ninguna prisa. Estoy dispuesto a sufrir otro poco. Además…

—¿Qué?

Traté de sonreír, lográndolo a duras penas.

—No es cierto lo que le conté. Estoy realmente *loco*. ¿Lo entiende? Completamente loco… Se me está ocurriendo una idea la mar de graciosa. Quíteme la camisa de fuerza y yo me llegaré a la cocina, a por otro cuello. Entre usted y yo vamos a dejar vacía esta maldita casa.

Lo, decía en serio, aunque desde luego mis víctimas tenían cada una un nombre. Frank Swanson, Clark Husley, Lynn…

—No, señor Norton —la baba le corría por la comisura de la boca—. No puedo acceder a sus deseos. Es lo de antes lo que cuenta. Ahora sólo le pasa que tiene miedo. Pero será cuestión de unos instantes… Luego ya no tendrá miedo, ni frío, ni calor.

Ya no podía levantar más el cuchillo. Lo tenía por encima de su cabeza. Me fijé en su borde afilado *y en* la punta. Y me dije que en cuando entrase en contacto con mi cuerpo se hundiría como si lo clavase en un bloque de mantequilla.

Otra vez había empezado a sudar, y las gotas me resbalaban por las cejas y me caían dentro de los ojos produciéndome un angustioso escozor. Y entonces bajó el brazo armado.

Todo mi cuerpo saltó del lecho. Y eso fue un acto instintivo de defensa. Lo único que podía hacer.

Al caer sobre la cama, me doblé hacia un lado. Sentí como la hoja de acero rasgaba la camisa por detrás y penetraba en mi carne. Giré y lo vi otra vez con el brazo levantado.

—¡Basta ya, maldito sea! —chillé.

Ahora aquella cara que yo había visto apacible se había transfigurado, convirtiéndose en una máscara horrible. Me enseñaba los dientes, proyectando los inferiores hacía adelante, y su piel había adquirido un color cárdeno.

Emitió un rugido, como una fiera en la selva, y supe que ahora no me libraría.

En eso la puerta se abrió de golpe, y el loco dio media vuelta rápidamente. Soltó un grito y se abalanzó sobre el tipo que entraba.

Di un suspiro de alivio.

Ronald logró apartar al que lo había sorprendido cuando iba a liquidarme y salió fuera de la habitación apresuradamente.

—¡Cuidado, muchachos! —gritó una voz—. ¡Ahí va!

El enfermero salió detrás de él y la puerta quedó entreabierta. Oí ruido de carreras en el pasillo. Una voz conminó:

—¡Anda, Ronald, pórtate bien! Suelta el cuchillo.

—No.

—¡Te digo que lo tires! Si me obedeces no te haremos nada. Nos contentaremos con llevarte a tu habitación. Te daremos una inyección de las que a ti te gustan.

—¡No! —repitió el loco.

—¡Infiernos! —exclamó otra voz—. ¡Se está cortando las venas de las muñecas!

Tres o cuatro hombres se debieron abalanzar a un tiempo sobre Ronald y empezaron a reducirle. El loco lanzaba terribles aullidos. Se lo llevaron a rastras por el corredor y los gritos se fueron perdiendo en la lejanía. Alguien desde fuera cerró mi puerta.

Bien; me habían librado una vez más.

Sentí la espalda húmeda. Y ése fue el instante en que me acordé de que el loco había logrado clavarme una vez el cuchillo. Pensé que la herida debía ser superficial porque sólo notaba un pequeño dolor.

Ahora me interesaba estar de lado. Me moví haciendo un esfuerzo y escuché como la camisa se desgarraba.

Infiernos, el ataque del loco me había emocionado tanto, que había echado al olvido su cuchillada. Para llegar a mi carne, la hoja debió de desgarrar primero la camisa.

Hice el mismo movimiento que antes y la abertura se ensanchó. Continué así durante un rato y luego moví los brazos, haciendo uso de todas mis fuerzas.

Logré quedar libre. Salté de la cama rápidamente, pero estuve a punto de caer y tuve que sentarme en el borde del lecho.

Miré la puerta. Si ahora entraba uno de aquellos mastodontes, de nada valdría mi libertad. Le bastaría con un puñetazo para deshacerse de mí.

Estaba en paños menores. Busqué por todas partes mis ropas, pero no las encontré. Era un bonito panorama. Me acerqué a la puerta e intentó abrir, pero no pude lograrlo. Era de esa clase de puertas que se cierran por fuera. No me pegué de cabezazos contra la pared porque no tenía fuerza para ello.

Me puse a pensar en mi condenada situación. Sólo tenía un camino: esperar a que abriesen para intentar escapar, cosa que estaba muy lejos de mi alcance.

Recordé otra vez a Mary Lloyd y eso me dio nuevos ánimos. Me puse otra vez la camisa de fuerza… La herida de la espalda había dejado de manar sangre. Me tendí en la cama y puse los brazos junto a mis costados, lisio para pasarlos por debajo cuando oyese que alguien llegaba.

Y comenzó mi espera.

¡Cielos, si al menos hubiese tenido un cigarrillo! Tampoco me hubiese venido mal una botella de *whisky*.

Había transcurrido como cosa de media hora desde que logré desprenderme de la camisa, cuando la puerta se abrió.

Me puse los brazos a la espalda.

Era el enfermero Douglas. Se quedó a los pies de la cama. Demasiado lejos.

—Se libró usted de una buena, amigo —dijo.

—Oiga, ¿quiere hacerme un favor?

—Olvídelo. No puedo.

—No se traía de lo que usted cree. Sólo quiero que me ayude a cambiar de posición. Estoy casi agotado.

—Para usted es lo mismo esté como esté. No va a llegar a mañana.

—¿Sí?

—El teniente Swanson parece que le tiene mucha Simpatía. Me lo recomendó preferentemente.

Ahora exhibió una aguja hipodérmica. Estaba cargada, lista para usar.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un regalo del teniente.

—¿Qué clase de enfermero es usted…? ¡Es el doctor el que prescribe, no un sucio policía como Frank Swanson!

—El teniente paga mucho más.

—Es eso, ¿eh? Sólo le interesa el dinero.

—La vida es así, míster. No me lo tome en cuenta.

Apretó el émbolo y por el extremo de la larga aguja escapó una gota del líquido que contenía la jeringuilla.

—No le haré daño, míster —dijo poniéndose en movimiento—. Sólo el pinchazo en la vena.

Dio vuelta a la cama y se detuvo junto al borde, arqueándose sobre mí, le miré justo a la nariz. Era gruesa, de piel brillante. Una

hermosa nariz, sí señor.

—No se mueva —me dijo—, y todo irá mejor.

Deslicé los brazos apoyando las palmas en el lecho y me impulsé hacia arriba, como si hubiese sido despedido por elásticos muelles. Mi frente se estrelló contra su nariz. Objetivo logrado. Sentí cómo se rompían los cartílagos y como crujía su hueso.

Lanzó un terrible grito y se echó atrás, golpeando la espalda contra la pared. Había soltado la jeringuilla, la cual quedó sobre la cama.

La sangre empezó a salir a borbotones por su rote nariz. Yo estaba de pie ya, y me miró con ojos asombrados.

Infiernos, ¿por qué no caía? El golpe que la propiné habría bastado para derribar a una res.

—¡Puerco! —gritó—. ¡Lo voy a hacer pedazos!

Escupió sangré y apretó los puños echándose sobre mí.

Lo recibí con un derechazo en el estómago, pero eso fue como si le hiciese una caricia. Yo estaba muy flojo, ni siquiera logré estremecerlo.

Me golpeó con la izquierda en el pómulo, pero por fortuna el golpe no me alcanzó de lleno y sólo me hizo tambalear. Quedó doblado hacia mí, porque había errado a medias el disparo.

Le asesté un mandoble con el dorso de la mano en la clavícula. Oí como se rompía.

Sus piernas se doblaron y lo ayudé a caer con un terrible trallazo en el mentón. No podía creer que lo hubiese vencido. Pero allí estaba él, sentado en el suelo, apoyadas las espaldas en la pared, gimiendo como un pobre muchacho.

Yo estaba tan agotado como él. Esperé a recuperar el resuello.

—Me vas a decir unas cuantas cosas, Douglas —murmuré. Como respuesta me envió un salivazo, pero no llegó a tocarme.

—¿Dónde está Mary Lloyd? —pregunté.

—No sé de qué me habla. Y déjeme en paz, maldito sea.

—Te dejaré en cuanto me hayas informado de lo que yo quiero.

—No sé nada —repitió.

—¿Dónde está Mary Lloyd?

Meneó le cabeza en sentido negativo. El estaba dispuesto a estar así hasta el día siguiente, pero yo no. Me volví hacia la cama y cogí la aguja hipodérmica.

—¿Qué clase de inyección me habías recetado, Douglas? Echó una ojeada a la jeringuilla y vi como se estremecía.

—Nada de importancia —respondió—. Sólo era para que durmiese.

—Estupendo, Douglas —le sonreí—. Es justo lo que a ti te conviene. Se te pasará ese dolor.

Di un paso hacia él.

—¡No! —gritó.

—¿Qué es lo que te ocurre, Douglas? Sólo vas a dormir un poquito. Se pasó la lengua por los labios.

—Lárguese, si quiere —dijo—. Yo no daré aviso de su fuga. Es un buen trato.

—No, Douglas, no me interesa. He de salir de aquí con la joven de que te hablé. Con Mary Lloyd… Y tú serás el que elija. O me dices dónde está ella o te vacío la hipodérmica en el cuerpo.

—¡No hará eso!

—¿Qué es lo que contiene la jeringa, Douglas? Parece que te pone un poco nervioso.

—¡Nada!

—Cuando entraste me dijiste que yo era un recomendado del teniente Swanson y que no llegaría a mañana. Sé que todo ello es verdad y apuesto a que te disponías a enviarme al otro mundo por medio de esta inyección.

—¡No!

—Saldré de dudas. Te la pondré a ti.

Trató de levantarse y le pegué un puntapié en el hombro sano. Podía habérselo pegado en el otro, pero no me gusta mostrarme cruel con los tipos indefensos y él estaba a la ruina.

Golpeó la cabeza contra la pared y lloriqueó:

—Es insulina. Contiene una carga para matar a un hombre.

Me acerqué a él levantando la hipodérmica. La vio acercarse y se estremeció otra vez.

—Sala de desintoxicados, habitación cincuenta y cuatro —dijo muy rápidamente. Me detuve.

—¿Es allí dónde está Mary Lloyd?

—Sí —se desinfló.

Tiré la aguja contra la pared y se hizo añicos.

—Quiero tu bata, los pantalones y los zapatos.

—No puedo moverme.

—Yo te ayudaré. Será fácil.

Estaba vencido y no intentó nada, aunque poco hubiese conseguido. Yo era ahora mucho más poderoso que él, con su clavícula rota y su nariz deshecha.

Soltó unos cuantos grites mientras le quitaba la bata, pero fue fácil lo de los pantalones y los zapatos.

Me lo puse todo. Mi aspecto no debía ser muy bueno. Mi cara seguía hinchada y, por si faltara algo, la bata tenía muchas manchas de sangre. Pero era lo único que podía aprovechar en aquellas circunstancias.

Cogí la sábana, y la rasgué. Me acerqué a Douglas para amordazarle, pero antes le pregunté:

—¿Dónde está esa sala?

—Salga por el pasillo y tuerza a la izquierda. Es la otra ala del edificio.

—¿Qué sabes de Mary Lloyd? ¿Quién está con ella?

—Debe cuidarla una enfermera.

—¿Cómo se llama este establecimiento?

—Fiske Manor.

—¿Y qué tiene que ver el teniente con él?

—No lo sé. Y le juro que es la verdad. Sé que viene mucho por aquí y eso es todo.

Era muy posible que él me pudiese dar otros informes, pero yo tenía mucha prisa por liberar a Mary Lloyd de su encierro.

Lo amordacé convenientemente y le até manos y piernas. Esperaba que, por lo menos, tardarían algún tiempo en penetrar en la habitación. Eso me hizo recordar que yo no tenía reloj. Y miré el suyo. Era la una da la madrugada.

Cielos, las cosas iban sucediendo muy aprisa. Doce horas antes ni siquiera había ido a ver a Mary Lloyd, y, ahora tenía la impresión de que habían transcurrido años enteros de mi vida.

Abrí la puerta y asomé la cabeza. En el corredor no vi a nadie. Dirigí una última mirada a Douglas. Estaba tranquilo, quizá porque otro tipo en mi lugar le habría vaciado en la vena el contenido de la hipodérmica.

Salí fuera y cerré.

Eché a andar con paso elástico. La luz del corredor era muy

tenue, cosa lógica dado lo avanzado de la noche.

Me encaminé en la dirección que Douglas me había señalado. Doblé por un pasillo y luego por otro.

De pronto oí una voz a mis espaldas.

—Enfermero.

Me detuve. No podían llamar más que a mí. Era mía voz varonil. Me volví a medias.

—¿Diga? —murmuré.

—¿Sabe si el doctor Joffe va a venir esta noche?

—No vendrá hasta mañana. El otro emitió un gruñido.

—Gracias —dijo, y se metió en la habitación. Di un suspiro y continué mi camino.

Ya estaba en el ala derecha del edificio. Observé el número de las habitaciones. Cuarenta y siete, cuarenta y ocho. La cincuenta y cuatro se ubicaba al fondo. Apreté el paso y me detuve ante la habitación en qué, según Douglas, estaba Mary Lloyd. Llené los pulmones de aire y abrí la puerta penetrando en el interior.

La estancia solo estaba iluminada mediante una débil luz proyectada por una bombilla con pantalla que descansaba sobre una mesilla de noche.

La sangre empezó a circular más de prisa por mis venas cuando reconocí a Mary Lloyd. Estaba tendida en el lecho. Tenía los ojos cerrados y movía la cabeza muy lentamente, con los labios entreabiertos, la cara contraída, como si estuviera soñando una pesadilla.

—¿Qué hace aquí, enfermero? —preguntó de pronto una voz.

CAPÍTULO X

Giré la cabeza. Vi una mujer de unos cuarenta años, tenía la cara de arpía. Me estaba mirando inquisitivamente.

—La necesitan a usted —dije.

—Me dijeron que no me moviese de aquí.

—Le digo que la necesitan —insistí con autoridad—. Es en la habitación número tres. Un caso urgente.

—¿Quién lo ha ordenado?

—El doctor

O'Brien.

—Miré a Mary Lloyd—. Esta joven parece que no la requiere por ahora. Yo también tengo que ir a la dirección a llamar al doctor Joffe.

Abrí la puerta y salí. Pero me mantuve en el corredor esperándola. Finalmente salió ella también.

Eché a andar antes que ella y sentí sus pasos detrás mío.

Yo doblé hacia la izquierda, esperando que aquél fuese un buen camino para llegar a las oficinas de la dirección y rogando al cielo que ella fuese hacia otro lado. Acerté respecto a la arpía. Ella siguió por la parte de arriba. Me detuve en la escalera y esperó un minuto. Inmediatamente subí como una exhalación y corrí por el pasillo. Entré en la habitación de Mary Lloyd y me senté en el lecho cogiéndole una mano.

—¡Mary! —La llamé.

Siguió moviendo la cabeza.

—¡Mary! —repetí su nombre.

La habitación número tres estaba muy lejos de allí, pero en cuestión de cinco minutos la enfermera se enteraría de que yo la había engañado.

Para entonces Mary y yo tendríamos que estar camino de nuestra salvación, si es, que existía alguna para nosotros.

Be pronto abrió los ojos. Esperé conteniendo la respiración. Me estaba mirando.

—¡Red!

—Sí, soy yo —le dije jubilosamente—. He venido para sacarte de aquí. Te lo prometo, Mary.

—Oh, no… ¿por qué has venido? —me tuteó.

—Tenemos muy poco tiempo. Hemos de escapar en seguida.

—No puedo, Red. Ya intenté moverme antes… Me pusieron una inyección. Aquellos malditos manejaban la hipodérmica a destajo.

—Kay que intentarlo, Mary. ¿Dónde están tus ropas?

No esperé a que me respondiese. Las empecé a buscar. Allí había un maletín y lo abrí. Vi un abrigo y unos zapatos. También estaba su vestido, pero no había tiempo para eso. Mary se cubría con un camisón. Le ayudé a levantarse, pero cuando la dejé sola, estuvo a punto de caer. Le pasé los botones del abrigo, la senté en la cama y la calcé. Rodeé su cintura con mi brazo y echamos a andar.

Hasta entonces todo había sido muy fácil. Ahora vendría lo peor. ¿Cómo íbamos a salir de allí? Empezamos a descender la escalera, por donde yo había bajado cuando me separé de la enfermera. Apenas habíamos descendido unos cuantos peldaños cuando oímos carreras precipitadas arriba.

La arpía había dado la voz de alarma, y nuestros perseguidores se dirigían a la habitación cincuenta y cuatro.

Tomé a Mary Lloyd en brazos y empecé a bajar precipitadamente. Llegamos a la planta inferior y al fondo del corredor y vi el vestíbulo. Puse en pie a Mary Lloyd.

—Vamos, muchacha. Ahora tienes que andar un poco. En cuanto salgamos te volveré a coger… Estamos a punto de conseguirlo, Mary.

—Me estoy mareando, Red.

Solté una imprecación para mis adentros.

Apoyó su cabeza en mi pecho y yo la abracé. Debió transcurrir un minuto. Sesenta preciosos segundos que nos habrían podido llevar a la luz.

Mary se separó de mí. Me miró sonriente. Pero su sonrisa fue muy débil.

—Vamos, ya, Red.

La sostuve del brazo y echamos a andar hacia el vestíbulo.

De pronto alguien bajó por la escalera del otro lado y yo tiré de Mary rápidamente hacia una zona de oscuridad. Tropezamos con una puerta.

Hice girar el tirador. Miré a la otra parte. Tim, el compañero de Douglas, hablaba gesticulando con la encargada del registro. Entramos en la habitación que estaba a oscuras.

—Nos han descubierto, ¿verdad, Red? —dijo Mary.

—Eso no quiere decir que nos hayan atrapado. Les va a costar un poco. La llevé hacia la ventana. Vi que daba a un jardín.

—Nos descolgaremos por aquí —dije.

Abrí la ventana y cogí otra vez a Mary en brazos. La dejé al otro lado y luego salté yo. Había cesado de llover, pero la tierra estaba muy mojada.

Delante de nosotros había un seto.

Me acerqué para observar la puerta de Fiske Manor. Tres enfermeros salieron con mucha prisa. Nos estaban cortando la retirada. Uno se dirigió hacia el camino que conducía al portón, otro a la izquierda y un tercero se encaminó al lugar donde Mary y yo nos encontrábamos.

Me volví rápidamente.

—Agáchate, Mary.

Yo también me puse en cuclillas. El tipo recorrió rápidamente la distancia que nos separaba. Lo vi pasar frente a nosotros por entre las hojas, y de pronto se detuvo. Estaba mirando la ventana abierta por dónde nosotros habíamos salido. Vi moverse sus piernas hacia mí. Un paso, dos, tres. Estaba ya junto al seto. Me levanté rápidamente, lo atrapé por el cuello, giré y tiré de él con todas mis fuerzas.

Lanzó un grito ahogado mientras daba la voltereta en el aire y golpeó espaldas y cadera contra el suelo. Tuvo suerte de que la tierra estuviese blanda. Trató de luchar pero yo le apliqué un puñetazo entre los dos ojos, y quedó inmóvil.

Me levanté resoplando y alargué una mano hacia Mary. Ella me dio la suya.

—¡Oh, Red, son muchos! —murmuró—. Nos cogerán otra vez, tarde o temprano.

—Soy duro, pequeña y no me rindo fácilmente.

Se encontraba mucho mejor. Poco a poco se iba recuperando.

—¿Te atreves a echar una carrera? —le pregunté.

Hizo un gesto afirmativo. Nos abrimos paso por el seto y echamos a correr alejándonos del edificio.

Entramos en una zona de luz. Sólo eran unas seis yardas, pero, justo cuando llegábamos otra vez a la oscuridad, oí gritar al tipo que se había ido por la izquierda:

—¡Ahí van, Murray! ¡Hacia el portón! Lo maldije por habernos descubierto. Nos abrimos paso otra vez por un seto.

—No puedo más —dijo Mary.

—Tienes que poder.

Avanzamos media docena de pasos y ella se dejó caer en el suelo respirando entre jadeos.

—Vete tú, Red —dijo.

Aquello era bueno. La había metido en todo el lío y ella sólo pensaba en que me salvase yo.

Me puse de rodillas a su lado y le alcé la barbilla.

—Perdóname, Mary —le dije. Me miró con el ceño fruncida.

—¿Qué es lo que te tengo que perdonar?

—Que haya estado tan ciego.

Permanecimos un rato inmóviles y luego la besé en la boca muy sensatamente.

—¡Oh, Red! —gimió, y se me echó en los brazos.

La estreché muy fuertemente contra mi pecho y sentí palpitar su cuerpo joven mientras hundía mi cara en su cabello.

Aquél era un lugar cualquiera de la tierra, y allí habría permanecido con ella, como ahora estábamos, estrechamente unidos. Pero nos rodeaba un sucio mundo, una selva donde las alimañas nos querían dar caza.

Oí cerca un grito.

—¿Los has visto, Murray? Murray —contestó:

—No han pasado por aquí.

—Entonces estarán por el jardín.

Aquel diálogo nos devolvió a la realidad. Mary Lloyd se separó de mí.

—Red, escuché una conversación.

—¿Qué clase de conversación?

Fue en aquel horrible cuarto de donde tú me has sacado. Me pusieron la inyección y me adormecí. Entonces empezaron a hablar.

—¿Quiénes?

—SI teniente Swanson y un tal doctor Joffe.

—Apuesto a que debe ser muy interesante.

—Ese doctor Joffe forma parte de la banda.

Oí pasos cerca y le puse un dedo en los labios para que callase.

Un hombre se acercaba hacía el lugar donde nos encontrábamos. Yo estaba mal situado, a unas seis yardas del seto, y no tenía tiempo de ir a parapetarme tras el ramaje para sorprenderle, lo mismo que a su compañero. Si echaba a correr, mis pasos me delatarían y, probablemente, aquel tipo esgrimiría ahora una pistola.

No nos habían llevado a aquel establecimiento al azar. De pronto había surgido un nuevo miembro en la banda, el doctor Joffe, y eso lo explicaba todo.

El guardián estaba llegando al seto.

Yo había interrumpido la respiración y sentí cómo Mary se convertía en una estatua de hielo.

Me arrastré rápidamente y me puse delante de ella, cubriéndola. Cabía la posibilidad de que el sujeto no nos viese porque allí reinaba una oscuridad casi completa. Pero en ese instante vi un haz de luz hacia la izquierda, todavía muy lejos de nosotros. El verdugo tenía una linterna.

Apreté rabiosamente los dientes.

El haz de luz se fue acercando hacia donde nosotros estábamos.

—No tengo más remedio que quitarlo de en medio —murmuré, quedamente. Mary me cogió de un brazo.

—No vayas, Red. Te pondrás a luchar con él… y acudirán los otros… Será de todas formas el final.

—No podemos esperar aquí como dos conejos asustados.

El haz de luz siguió avanzando. Se había aproximado mucho, demasiado. Cinco, segundos más y el tipo nos descubriría. Su silueta se recortaba sobre el seto. Tenía la linterna en la diestra y en la zurda le brillaba algo. Una pistola.

De pronto, un coche entró por el portón y frenó bruscamente. Una portezuela se abrió.

—¡Eh, Tim! —gritó una voz, y en ella reconocí la de Swanson.

Tim, el de la linterna, se volvió. Y justamente al hacerlo, nos

iluminó. Di un respingo, pero no pasó nada.

Tim había arrojado el haz de luz sobre nosotros cuando ya había apartado la mirada del jardín para atender a Swanson. Fue un milagro.

Mary Lloyd se dejó caer otra vez sobre mí, desfallecida, emitiendo un sollozo. La sostuve, y ése fue el peso más agradable que yo tuve nunca en mis brazos.

—¿Dónde están? —Oí que preguntaba Swanson.

—Los vi hace un rato cruzar hacia este lado —respondió Tim.

—Estupendo —dijo Swanson, sarcástico—. ¿Y tú crees que te están esperando ahí?

—Lo quería registrar todo.

—Esa verja es demasiado baja. ¡Salid fuera! En eso intervino Huxley.

—Se me ocurre una idea, Frank. Me iré con el carro a la carretera. Seguro que ellos querrán llegar hasta allí para intentar que algún coche los lleve a Nueva York.

Se oyó una risita. Era el rubio Johnny, el que había machacado la cara de un negro en Nueva Orleáns.

—Me gustaría tropezármelos —dijo—. Palabra que me gustaría.

—Quiero que me dejes la chica.

El que acababa de hablar era Luchino.

—¿Para qué? —preguntó Johnny—. ¿Para qué quieres la chica, muchacho?

—Me gusta. Sólo eso. ¿Lo entiendes?

Mary se estremeció entre mis brazos y yo juré que antes que consentir que Luchino la tocase lo convertiría en una piltrafa.

—¡Basta de palabrería! —gritó Swanson—. ¡Id vosotros a la carretera! ¡Yo dirigiré a los hombres de aquí!

El coche dio la vuelta y salió de nuevo por el portón. Le susurré al oído a Mary:

—Ya lo has oído, nena. Ellos nos esperan en la carretera, justamente al oeste. Es una dirección prohibida para nosotros. Tampoco podemos dar la vuelta a la casa, ni cruzar a la otra parte del camino de grava. Sólo nos queda el norte. Saltaremos la verja.

—Sí, Red.

—Probablemente tendremos que hacer un buen trozo de camino a pie, antes de que podamos encontrar algún lugar adecuado. Pero

debemos hacerlo antes de que amanezca. Si para entonces no estamos a salvo, nos cogerán fácilmente.

—Lo que tú quieras, Red.

Confiaba enteramente en mí. Y me dije que aunque sólo fuese por eso, valía la pena vencer a aquella pandilla de canallas.

Nos pusimos en pie y echamos a andar hacia la verja. Llegamos a ella sin dificultad. Nos mantuvimos un rato a la espera de escuchar algún ruido que nos indicase la proximidad de un enemigo, pero reinó un silencio absoluto.

—Vas a saltar tú primero, Mary —dije. Ella miró la parte alta de los barrotes.

—Están, demasiados elevados para mí, Red.

—Será un juego divertido —le respondí para animarla—. ¿No hiciste nunca ninguna travesura? Imagínate que vas a robar peras.

Me apretó la mano.

La cogí por la cintura y la elevé sobre el cemento. Fue como levantar una pluma. Luego subí yo. Me sujeté con una mano al barrote, mientras ella lo hacía con las dos.

—Ahora voy a doblar la espalda —le indiqué—. Tienes que subirte sobre mí. Lo demás te será fácil. Cuando estés fuera, te descuelgas. Tendrás que dejarte caer, pero antes has de quitarte los zapatos.

Me agaché, le quité yo mismo los zapatos y los guardó en un bolsillo de la bata.

Trepó a mi espalda con alguna dificultad y luego pasó a la otra parte. Se dejó caer y se levantó frotándose las manos.

—Un salto magnífico —dije.

Me dispuse a pasar por encima de la verja y, en eso, una voz gritó a mi espalda:

—¡Alto o disparo!

CAPÍTULO XI

Mary lanzó un grito de pánico. Yo me dejé caer en la parte del jardín y me volví para hacer frente al peligro. Vi avanzar al tipo con la pistola en la mano. Creyó que todo lo tenía hecho y quise acentuar su optimismo:

—¡Corre, Mary! —dije—. ¡Lárgate de aquí!

—¡No, Red! —gritó ella.

El tipo soltó una risita. Estaba muy cerca. Me lancé sobre él con la cabeza hacia adelante, proyectándola sobre su estómago.

Cuando surcaba el aire, disparó la pistola. El fogonazo me cegó por unos instantes y sentí que me quemaba el cuero cabelludo, pero la bala crujió al sepultarse en la tierra mojada.

Luego sobrevino el impacto de mi cabeza contra su estómago. Lanzó un gemido y se vino abajo conmigo. Nos separamos en la caída y me dije que ahora se volvería él y me acertaría con el segundo pildorazo. Instintivamente solté un patadón al aire. La puntería dio en hueso y me dobló los dedos del pie produciéndome un fuerte dolor.

Me puse de rodillas rápidamente, pero ya el fulano no necesitaba que yo le aplicase mayor castigo. Estaba inmóvil y vi la pequeña herida que tenía junto a la sien.

Le quité la pistola. El no la necesitaba y a mí me podía hacer mucha falta.

Me levanté y vi que Mary estaba sollozando, el rostro escondido entre las manos.

—Todo salió bien, nena.

Me miró y su rostro fue en la oscuridad como una mancha blanca, brillante de lágrimas.

Oí ruido de pasos precipitados. Rápidamente me uní a Mary. La

cogí de la mano y echamos a correr, campo a través.

Escuché voces a mi espalda.

—¡Es Murray, señor Swanson! ¡Y está sin conocimiento!

—Se merecía que Red lo hubiese matado —contestó rabioso Frank—. Ahora, Norton tiene una pistola.

—No escaparé, jefe. Sabemos por dónde va. Los cazaremos en poco tiempo.

—Da la orden a los demás. Y escucha bien esto… ¡Tirad a matar! Sin contemplaciones… Ya han vivida demasiado.

Mary y yo seguimos corriendo. De pronto, ella tropezó y, como yo no pude guardar el equilibrio, ambos nos derrumbamos en el barro.

Nos pusimos de rodillas y Mary rió, les juro que rió.

—Creo que la travesura nos va a salir mal —murmuró.

—Ten un poco de ánimo. Como dijo antes ese tipo, ahora saben por dónde vamos, pero también tengo ya una pistola.

—No podremos llegar muy lejos.

—Sólo necesitamos refugiarnos en una casa y todo se habrá arreglado. Telefonearemos desde allí a la policía.

La bese en la nariz y la ayudé a levantarse. Reanudamos la carrera.

De pronto, oímos delante de nosotros el ladrido da un perro. Mary se detuvo sobresaltada y me obligó a hacerlo a mí.

—Ahí está nuestra salvación —exclamó jubilosamente—. Ese perro debe pertenecer a alguna casa cercana. Bastará que nos guiemos por sus ladridos.

Echamos a andar más despaciosamente. De vez en cuando miraba a mis espaldas para observar si nos seguían. Todo estaba muy oscuro.

—¿Qué es lo que hablaron el doctor Joffe y Frank Swanson? —pregunté.

—El doctor Joffe dijo a Swanson que le tenía que duplicar la cantidad de heroína que suministra a Fiske Manor. Joffe dijo que cada día tenía en su sala más adictos a la droga y que todos sus clientes eran gentes con dinero y que podían pagar el vicio. También dijo Joffe que, igualmente, estaba a punto de duplicarse la cantidad de heroína que servía fuera del establecimiento, en las propias casas de los compradores. Swanson dijo que ahora

completarían la red con los tres locales nocturnos que te habían pertenecido a ti.

—Ya comprendo. Ese doctor Joffe es otro desaprensivo de la misma calaña de Swanson. Tiene en Fike Manor una sala de desintoxicación para adictos a drogas, y, precisamente, se dedica a todo lo contrario. A cultivar el vicio de los desgraciados que se ponen en sus manos. ¿Cómo es el doctor Joffe?

—No llegué a verlo. Me puso la inyección otro hombre. El doctor Joffe llegó cuando yo estaba a punto de dormirme.

Los ladridos se oyeron muy cerca y de pronto una ventana se iluminó. Pertenecía a una casa que se encontraba a treinta yardas de donde estábamos.

Nos detuvimos emocionados.

—¡Red! —exclamó Mary—. ¡Corramos ahora!

Nos crecieron alas. La casa estaba rodeada por un jardín. Había una verja de madera, no muy alta. Empujé la puerta. Estaba abierta. Caminamos por un sendero de cemento y subimos al porche. Apretó insistentemente el timbre de la puerta, Mary se puso los zapatos.

Se oyeron pasos que se acercaban por la otra parte y en el hueco apareció una mujer de unos cuarenta años, un poco gruesa, de rostro agradable. Se cubría con una bata de colores discretos. Nos observó con las cejas enarcadas. Y yo recordé que debíamos ofrecer un aspecto desconsolador. Mary, con abrigo de entretiempo, bajo el que se veía el camisón. Yo, con la bata de enfermero, y ambos cubiertos de barro, de la cabeza a los pies.

—¡Caramba! ¿Han sufrido ustedes un accidente?

—Buenas noches, señora —dije—. ¿Podemos entrar en su casa? Necesito usar su teléfono. Es algo urgente.

Desde dentro de la casa llegó una voz:

—¿Quién es, Susan?

La mujer volvió la cabeza respondiendo:

—Una pareja que, al parecer, ha sufrido un contratiempo.

—¿Cómo es eso? Diles que pasen —repuso el hombre con voz amable.

La mujer se apartó invitándonos a entrar en la casa. Frente a la puerta había una escalera que ascendía al piso alto, y justo en el tercer peldaño un hombre, de unos cuarenta y cinco años de edad, cabello canoso y rostro de facciones regulares. Se cubría con un

batín color azul oscuro y con la mano derecha sujetaba un libro.

—Perdón, señor… —dije.

—Ernest Kane.

—Verá, señor Kane, el caso es que nos encontramos en un apuro. Una pandilla de desalmados nos persigue para matarnos. Necesito llamar a la policía.

El señor Kane nos miró, asombrado.

—¿Cómo dice? —balbució.

—Es un poco largo de contar, señor Kane, pero me temo que, si lo hago ahora, no solamente nos expondremos a que nos cojan, sino que ustedes correrán también un gran riesgo.

El señor Kane descendió los tres peldaños.

—Ahora mismo telefoneo yo, hijo mío. Pero pasen al *living*, por favor. Cogió amablemente del brazo a Mary y todos entramos en el *living*.

El señor Kane penetró en una habitación dejando la puerta abierta. Yo oí discar y luego dijo:

—¿Oiga? ¿Hablo con la policía? Les llama Ernest Kane… Sí, cabo, el bibliotecario de Nueva York. Ya conoce mi dirección. Harrisburg… Acaban de llegar unos jóvenes a casa. Una banda de malhechores los está persiguiendo. Vengan pronto, por favor. Al parecer, nosotros también corremos peligro al dar cobijo en nuestra casa a estos muchachos… Gracias, cabo…

Kane salió de la habitación y sonrió.

—¿Qué hacen de pie? Por favor, siéntense. Susan, prepárales una copa, Mary Lloyd se sentó, pero yo fui a la ventana con la mano metida en el bolsillo de la bata, donde guardaba la pistola. La apreté por la culata. Miré al exterior. No se veía nada.

—Los policías vendrán pronto —dijo Kane—. No tardarán siquiera diez minutos.

Pensé que era un buen plazo, teniendo en cuenta que si Swanson y sus chicos aparecían por allí los podría mantener a raya con mi arma, siempre que ellos no utilizasen bombas, de mano.

—Mi esposa me advirtió que el perro estaba inquieto —dijo Kane—. Se llama «Dick» y es un animal muy dócil.

La señora Kane se acercó con una bandeja, donde había dos vasos con *whisky*. Mary cogió el suyo y bebió un trago. Yo alcancé el mío y me dirigí nuevamente a la ventana. Fuera, todo estaba en

calma. Hasta el perro había dejado de ladrar. Me llevó el vaso a los labios y bebí. Era un buen *whisky*. Del mejor.

—¿Conoce Fiske Manor, señor Kane? —pregunté.

—¡Oh, sí! Desde fuera —rió él—. Por fortuna, nunca he estado dentro. La señora Kane dijo:

—Quizá les venga bien una taza de café.

Mary Lloyd y yo debimos pensar al mismo tiempo que era una buena idea, porque ambos asentimos.

La señora Kane salió del *living*.

Kane sacó un paquete de cigarrillos y me invitó. Yo acepté y luego me ofreció la llama de su encendedor.

En eso se oyó a lo lejos, muy débilmente, una sirena policíaca. Mary Lloyd me miró jubilosa, sonriente.

—¿Oyes eso, Bee? ¡Es la policía! ¡Estamos salvados!

Kane se dirigió hacia la puerta para abrir.

Mary se puso de pie y corrió hacia mí. Me echó los brazos al cuello.

—Querido —dijo, y unió su boca a la mía.

No podía consentir que ella lo hiciese todo. Dejé caer el cigarrillo al suelo, saqué la otra mano del bolsillo y apretó a Mary contra mí.

Oí el ruido de unos frenos fuera. La puerta se abrió.

Nuestros labios seguían unidos. Y aquél era el beso más maravilloso que yo había dado en toda mi vida.

De pronto, oí una voz por detrás de mí.

—Ya basta, señor Norton.

Me separé de Mary sintiendo una extraña sensación y giré sobre mis talones. Creí que el corazón se me paralizaba.

Allá, al lado de Kane, estaba Frank Swanson, Clark Huxley, Johnny y Luchino.

—¡No es ésta la clase de policía que yo llamé, señor Kane! —dije, observando las pistolas que esgrimían Luchino y Johnny.

Kane sacudió la cabeza, sonriendo.

—Preferiría que me llamase por mi verdadero nombre, señor Norton. Para lo cual me presentaré. Soy el doctor Joffe.

CAPÍTULO XII

Habíamos caído en una inmunda ratonera.

Por lo visto, nuestro destino era ése, morir a manos de aquellos miserables.

Habíamos intentado luchar por todos los medios a nuestro alcance, pero sin servirnos de nada. Había sido como correr per un laberinto. Un laberinto que hubiesen colocado a la salida de aquel infierno al que Mary Lloyd y yo habíamos sido lanzados.

Examiné los rostros sonrientes que tenía frente a mí y llevé la mano rápidamente al bolsillo de la bata.

—Yo no haría eso —dijo Swanson.

Recordé las palabras de Luchino. Quería para sí a Mary. El muy cerdo. Tuve miedo de que me matasen, dejándola a ella sola en aquel nido de víboras. Era mucho mejor que los dos muriésemos al mismo tiempo.

—Está bien —dije—. ¿Qué estáis esperando? ¿Por qué no disparáis de una vez?

—Quiero que me aclares algo antes, Red —dijo Frank.

—¿Qué?

No me contestó a mí, sino que miró al doctor Joffe mientras decía:

—Ese estúpido de
O'Brien
entró en la habitación de Norton.

El doctor Joffe volvió la cabeza rápidamente hacia Swanson.

—¿Qué es lo que está diciendo, Frank?

—Se lo repetiré.
O'Brien
vio a Red.

—¿Y qué pasó?

—Norton tendrá que decírmelo.

—¿Es que no había nadie con él?

—Sí. Douglas.

—Entonces, el culpable es ese maldito enfermero. No debió permitir que el doctor O'Brien entrase a ver a Norton. Castigaré a Douglas.

—Ya no lo necesita. Lo hice yo por usted —repuso Frank.

—¿Quiere decir que lo ha matado?

—Sí.

—No me gustan sus procedimientos, Swanson.

—Pues tendrá que pasar por ellos —contestó Frank desabridamente—. En este negocio hay que tener mano dura.

Hubo un silencio. Luego, Joffe dijo:

—De acuerdo, Frank. ¿Qué es lo que le dijo Douglas acerca de la visita de O'Brien a Norton?

—No tuvo tiempo para preguntárselo. Norton se le había escapado de las manos. Douglas estaba medio muerto en la propia celda donde debía hallarse el muchacho. Norton le había roto la clavícula y las narices. Lo baleé sin pestañear. Luego nos ocuparemos de hacer desaparecer su cadáver.

El doctor Joffe se mordió el labio inferior.

—¡Usted y sus procedimientos! —exclamó, con reconvención. Frank rió fuerte.

—Déjeme a mí, doctor. Sé cómo tratar a ciertas personas. ¿Es que no se da cuenta?

Necesitamos saber si Norton contó algo a O'Brien.

Había seguido su diálogo con atención. Así pues, el doctor O'Brien era ajeno a los manejos de la banda. Un tipo honrado. Naturalmente, yo le había contado la verdad, pero no había servido de nada. Lo probaba el hecho de que hubiesen transcurrido unas cuantas horas desde su visita a mi habitación y Mary y yo estuviésemos ahora nuevamente en poder de aquellos rufianes.

—¿Lo oyes, Red? —dijo Frank, con voz altisonante—. Quiero saber lo que le dijiste a
O'Brien.

Yo era muy pesimista respecto a nuestro futuro, pero de todas formas, ¿por qué no demorar la ejecución?

—Eso es algo que no vas a saber de mis labios, Frank —repuse.

—¿No? —rió Frank, y ladeó la cabeza—. ¿Lo habéis oído, muchachos? Los muchachos eran Johnny y Luchino.

Johnny dijo:

—Déjemelo de mi cuenta, jefe. Yo lo arreglaré. Conozco un par de procedimientos que son infalibles.

—¿La manopla, Johnny? —pregunté yo.

—No, Red —me contestó el rubio—. Eso, no. Los otros son mucho más bonitos.

Vino hacia mí apuntándome con la pistola, pasó por detrás, me metió la mano en el bolsillo del batín y se llevó el revólver.

—Anda, siéntate en un sillón —me ordenó—. Quiero que estés cómodo. Mary Lloyd me apretó la diestra antes de que me separase de ella.

Me senté en el sillón.

—¿Quieres apuntarle tú mientras yo realizo el trabajo, Luchino? —sugirió Johnny.

—Eso está hecho —respondió el antiguo boxeador.

Se puso frente a mí y me señaló al centro del pecho con el cañón del revólver.

Johnny guardó la pistola en la sobaquera y tiró del cinturón que sujetaba sus pantalones. Éstos no cayeron porque también llevaba tirantes. Se dirigió a mí, sonriente.

—Anda, Red. Quítate los zapatos y estira las piernas.

No tenía más remedio que obedecer, pero procuré en lo posible demorar la operación. Me quité un zapato y luego otro. Después estiré las piernas.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó el doctor Joffe. Johnny lo miró con una sonrisa sardónica.

—No se preocupe, doctor. Ahora es mi paciente y yo sé también matarlo, como cualquier otro médico.

Luchino soltó una risotada. Tenía mi gran sentido del humor.

Johnny cogió el cinturón por el extremo opuesto a la hebilla.

Volvió la cabeza hacia Luchino:

—El juego consiste en esto, muchacho. Yo le pego con el cinturón en los pies y él encoge las piernas, tú le pegas un balazo en la rótula. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—El tiene que soportar el dolor siempre con las piernas extendidas. Es un juego para tipos con agallas. Pueden ocurrir muchas cosas. Si él aguanta el castigo, le convertirá los pies en dos pezuñas. Si él se achica, tú le partes las piernas por la mitad con la pistola. Y, por último, él puede decir que tiene bastante si está dispuesto a contestar a lo que se le pregunta.

Luchino sonrió.

—Esto me va a gustar mucho más que lo de la manopla.

—Lo suponía —rió Johnny.

Mary Lloyd dio unos pases hacia la presidencia del espectáculo.

—¿Es que va a consentir esto, doctor Joffe? ¡Es la mayor monstruosidad que he oído en mi vida!

El doctor Joffe se humedeció el labio inferior con la lengua. Me dio la impresión de que era un tipo sin escrúpulos, dispuesto a acabar, quizá, con el género humano si éste le pedía drogas y él podía hacer negocio con su venta. Pero le repugnaban los métodos salvajes de tipos como Johnny y Frank Swanson.

—La joven tiene razón —dijo, mirando a Swanson.

—¡No la tiene! —gritó Frank—. ¿Es que no ha oído a Johnny? Dejará de pegarle con el cinturón cuando Bed esté dispuesto a contar su conversación con el doctor
O'Brien.
Si él se quiere hacer el valiente, es cosa suya.

—Por favor, señor Swanson —suplicó Mary.

No pude contenerme.

—No te humilles más, nena. No vas a conseguir nada de ese sapo verrugoso.

Vi cómo el rostro de Frank Swanson palidecía. La ira le hizo respirar entrecortadamente.

—¡Adelante, Johnny! —gritó—. ¡Sacúdele fuerte!

El rubio Johnny se colgó el cinturón del cuello y se escupió las manos.

—Tenía ganas de que llegase esto, Bed.

—Quizá haya una revancha —le dije.

—No, muchacho —me contestó—. Cuando haya terminado contigo, tú no podrás pegarle a un niño de cuatro años. Palabra que me gustaría que mantuvieras la boca cerrada, que no dijeses nada acerca de la conversación mantenida con ese
O'Brien.

Cogió otra vez el cinturón como antes, dejando resbalar por la alfombra la hebilla. Lentamente, ésta fue avanzando hacia sus espaldas. Pensé que debía tener bastante, práctica o de lo contrario fallaría muchos de sus golpes.

El cinturón era largo porque él tenía un grueso abdomen. Echó un vistazo atrás y luego lo lanzó hacia adelante.

El cinturón trazó una curva en el aire emitiendo un silbido cortante.

Y, cuando la hebilla hizo impacto en el empeine de mi píe, sentí un terrible dolor que me apretó los pulmones haciéndome arrojar la última brizna de aire. La cara me empezó a arder. Me miré el pie. La hebilla se había llevado un trozo de pie, y, justo en aquel lugar, empezaba a brotar sangre.

—¿Te gustó, Red? —preguntó Johnny.

—Eres un tipo de los buenos, Johnny —le contesté—. Palabra que me voy a acordar de ti toda la vida.

Soltó una risotada.

—Entonces va a ser por poco tiempo. Porque tú vas a tener una vida muy corta, Red. Mary Lloyd se apretó la cabeza con las manos y se puso a llorar. Ella estaba muy cerca de Luchino.

Bien; había llegado el momento. No iba a dejar que aquel hijo de perra me golpease más. Juré para mis adentros que no me arrancaría otra pulgada de piel.

Lo nuestro, lo mío y lo de Mary, no tenía solución. ¿Para qué prolongarlo más? Sería como acentuar la agonía, Y era mejor acabar de una vez. Puse los músculos en tensión.

Johnny lanzó otra vez el cinturón hacia adelante. Entonces alargué el brazo, justo por encima de mis pies. El cinturón silbó en el aire y una décima de segundo más tarde golpeó contra la palma de mi mano. Sentí que la hebilla me arrancaba un pedazo de carne, pero aun así cerré la mano y tiré rabiosamente.

Johnny lanzó un grito y, perdiendo el equilibrio, dio un traspié

hacia mí. Salí a su encuentro y con la mano izquierda lo cogí por el cuello. Todo sucedía muy aprisa, en décimas de segundo. Abrí la diestra y dejé caer el cinturón para meter la mano en la sobaquera de Johnny. El seguía cayendo y yo ya tenía la pistola en la mano.

—¡Cuidado, Luchino! —gritó.

Trató de arrebatarme el arma cuando golpeó con las rodillas, en el suelo. Pero rápido como una centella le aticé con la culata en un pómulo, abriéndoselo por la mitad.

Me di cuenta, de qué Luchino tenía mucha delantera sobre mí. Vi la pistola apuntándome y comprendí que yo nunca podría llegar a apretar el gatillo de la que tenía en mi poder.

Capítulo XIII

Entonces entró en acción Mary Lloyd. Se echó sobre Luchino justo en el momento en que él disparaba.

La bala fue a sepultarse en la pared, muy lejos de mí.

El ex boxeador, a quien había salvado de la silla eléctrica, no tuvo oportunidad de disparar por segunda vez. Yo lo, hice mucho antes. Mi proyectil le entró por las fosas nasales y su cabeza estalló como un globo al que hubiesen pinchado.

Johnny trató de atraparme la muñeca desde el suelo y le volví a pegar con la culata, Esta vez en la boca.

Giré cuando Clark y Swanson estaban sacando los revólveres. Se habían quedado asombrados con mi reacción o habían concedido demasiada confianza a Luchino. Quizá fuese mitad y mitad.

Disparé por segunda vez. El plomo iba destinado a Frank. Pero el estúpido de Clark saltó hacia delante para balearme, y recibió el impacto en un hombro. Lo vi girar como una peonza y se desplomó lanzando un grito ahogado.

Frank tuvo ocasión así de liquidarme, pero de nuevo falló como había fallado en el muelle.

Hice fuego sobre él y se estremeció cuando el proyectil se le metió en el estómago. Instantáneamente se quedó quieto y bajó el cañón de la pistola hacia el suelo. Hizo una mueca y se cogió la barriga con la mano izquierda. Recordé que padecía de úlcera y quizá yo se la había agrandado. Me miró, con ojos llenos de odio.

—¿Qué has hecho, Red? —murmuró.

Me puse en pie y pasé por encima del desvanecido Johnny.

—Sólo te he dado lo que merecías, Frank —le contesté—. Tú te lo buscaste. Apretó los dientes.

—Tú vas a venir conmigo, Red. No voy a hacer sólo el gran

viaje.

—Te equivocas, Frank. A mí me gusta este mundo y voy a procurar pasar una buena temporada en él. Quizá no he sido un santo, pero ahora van a cambiar las cosas porque ya tuve un adelanto del infierno. Sí, Frank. Tú me enviaste a él. Tú, Clark, Lynn… Han sido dos días de prueba y ya tengo bastante… No volverá a ocurrir.

Su rostro bulboso transpiraba sudor. Cada vez respiraba más jadeante.

—Vas a acompañarme, Red —insistió.

Empezó a levantar otra vez el brazo armado. La pistola se alzó poco a poco buscándome con el cañón.

Avancé sobre él y le solté un manotazo en la muñeca. Su pistola cayó al suelo.

—¿Por qué no me rematas, muchacho? —dijo—. ¡Maldita sea! ¡No quiero que sientas piedad por mí! ¡Tú has ganado, pero mátame!

Intentó agarrarse a mí, pero las fuerzas le abandonaron y cayó de rodillas.

Miré al doctor Joffe.

—Vea si puede hacer algo por él, doctor —le dije.

Joffe sacudió la cabeza. Parecía abatido, derrotado. Su mujer, blanca como el papel, estaba a su lado, cogiéndolo por un brazo.

En ese instante oí la voz de Mary Lloyd.

—¡Atrás, Red!

Giré con toda la velocidad que pude imprimir a mi cuerpo. Sin verlo supe lo que estaba ocurriendo a mis espaldas. Johnny había recobrado el conocimiento y se disponía al ataque. Era su turno. Pero la realidad superó mi pensamiento.

Johnny se había arrastrado silenciosamente hasta el cadáver de Luchino y ya tenía su pistola en la mano. Vi en su cara un gesto infrahumano, mientras sus ojos parecían ir a salírsele de las órbitas.

—¡Maldito seas! —gritó.

Sin titubear apreté el gatillo una, dos, tres veces.

Vi cómo su cuerpo se estremecía cada vez que un proyectil le mordía en la carne.

Soltó un gemido. Me miró ahora con una expresión de pánico y quedó con los ojos muy abiertos. Pero ya era un cadáver. Y mucho

después de muerto, empezó a salirle sangre por la comisura de la boca.

Me quedaba una bala.

Giré hacia el doctor Joffe. Podía haber intentado algo mientras yo despachaba a Johnny, pero no era hombre para esta clase de luchas. Aposté a que lo tenía tan atemorizado como a un chiquillo.

Frank Swanson estaba todavía vivo, apoyándose con los codos en el suelo. Observó perplejo la cara del rubio Johnny y me miró respirando fatigosamente.

—Tenías razón, Red, cuando decías que eres un hombre de suerte.

—Confieso que la tengo. Pero yo la busqué. ¿Lo entiendes, Frank? Nunca he regateado sacrificio alguno y en todo momento luché como ahora.

La puerta se abrió de repente y vi entrar por el vestíbulo a un enjambre de policías. Al frente iban dos hombres de paisano, uno de los cuales era el doctor
O'Brien.

Las pistolas brillaban con reflejos metálicos.

Todos se quedaron sorprendidos al ver aquel panteón.

—¡Tire esa pistola! —me ordenó un hombre moreno de unos treinta y cinco años de edad, rostro alargado y nariz aguileña.

Asentí con la cabeza y dejé caer el arma, que rebotó en la alfombra. Frank Swanson volvió la cabeza hacia los recién llagados y saludó.

—¿Qué tal, teniente Mahoney?

El llamado Mahoney frunció el ceño y observó a su colega fijamente, sin decir nada.

—¿Qué está esperando, Mahoney? —dijo Frank—. ¡Coja a este tipo! Me acaba de asesinar —me señaló con la mano—. ¿Lo oye, Mahoney? Disparó contra mi a traición.

El teniente Mahoney siguió inmóvil mientras los policías de uniforme se distribuían por la estancia.

Frank Swanson escupió sangre, sudor y saliva.

—¡Maldito sea, Mahoney! —gritó con voz ronca—. ¡Le digo que Norton es el que me ha herido! ¡No, no es Norton! Norton murió… Se llama Jimmy… Eso es, Mahoney… Se llama Jimmy… y me ha asesinado.

Levantó la mirada depositándola en el rostro imperturbable de Mahoney. Transcurrió un segundo, dos, tres…

De pronto, Frank Swanson empezó a reír al tiempo que de sus ojos salían lágrimas. Eso es. Reía y lloraba simultáneamente.

Se contuvo de golpe y quedó con la boca abierta. Desvió los ojos hacia mí, quiso decir algo, pero de sus labios sólo escaparon sonidos ininteligibles. Finalmente cayó hacia adelante y quedó inmóvil. Había muerto.

Miré a Mahoney. El policía me sonrió débilmente.

—¿Está bien, señor Norton? —preguntó.

—Sí, teniente. Espero que sí.

—Al parecer le hicieron pasar un mal rato. Me quedé en suspenso unos instantes.

—Fue poca cosa —contesté—. Muy poca cosa.

—Teníamos sospechas de que Swanson cometía ciertas irregularidades, pero nunca habíamos encontrado prueba alguna contra él. Hasta se llegó a decir que sólo se trataba de que algunos de nosotros teníamos envidia de él. Pero ahora los hechos demuestran que no estábamos equivocados. —Miró al cadáver de Swanson—. Es lamentable que esto ocurra en un departamento de policía, pero ni nosotros mismos podemos escapar de las excepciones. Hay gente mala en todas partes, incluso con nosotros, entre la policía, y a todos nos incumbe el desenmascararlos. Es el bien de la comunidad el que está en juego. Usted ha hecho un gran trabajo, señor Norton, y le felicito. Nos ahorró una penosa tarea.

Hizo una pausa y miró al doctor O’Brien.

—El doctor O’Brien nos telefoneó acerca del diálogo que había sostenido con un paciente recién ingresado en Fiske Manor, pero sólo lo hizo cuando oyó un disparo en el jardín. Eso fue lo que le acabó de convencer de que algo irregular ocurría en el establecimiento. Por fortuna no le ha hecho falta nuestra presencia, hasta ahora.

—Le agradezco sus palabras, teniente —le dije—. Y a usted su aviso, O’Brien.

Los policías habían levantado a Clark, el cual estaba herido.

Nuestras miradas se encontraron y él bajó la suya, avergonzado. Señaló al doctor Joffe…

—Puede llevárselo, teniente. Utilizaba su sala de desintoxicación en Fiske Manor para fomentar el uso de las drogas entre los pacientes adinerados, y últimamente se asoció con Frank Swanson.

Sólo faltaba un pez en la red. Mi muñeca rubia, Lynn. No existía ninguna prueba contra ella y decidí que no podía acusarla. Eso incumbía a la policía. Y ésta le haría sus cargos correspondientes, si es que Clark se atrevía a inculparla.

Giré sobre mis talones, Mary Lloyd estaba dé pie, apoyada en el respaldo del diván, observándome con sus grandes ojos. Me acerqué a ella y le di la mano.

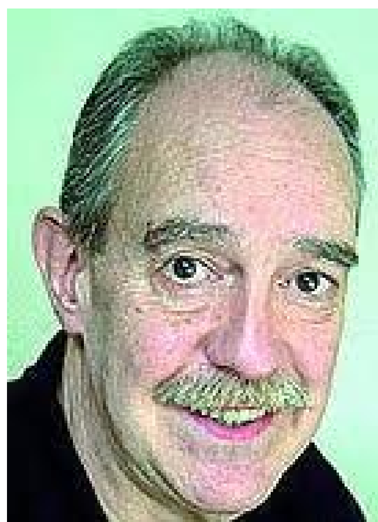
—¿Vamos, Mary?

Ella me sonrió e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, Red, vamos.

Y empezamos a andar juntos.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).